

LA HOGUERA VERDE

Jorge Arturo



Editores  Alambique

**Este trabajo está licenciado bajo Creative Commons Atribución
Uso no-comercial-Vedada la creación de obras derivadas. 3.0
Unported License.**

Para mayor información sobre la licencia que protege esta obra, ir a:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>



LA HOGUERA VERDE

Colección QUIJONGO

LA HOGUERA VERDE

jorge arturo

editores  alambique

863.44.

V445h Venegas Castaing, Jorge Arturo, 1961 —
La Hoguera Verde/ Jorge Arturo Venegas Castaing.
—1.ed.— San José, C.R.:Editores Alambique, 1998.
144 págs.; 12 x 22 cms.— (SERIE EMERGENCIA
Colección Quijongo #3).

ISBN 9968-9871-3-1

1. Narrativa costarricense. 1. Título

Editores Alambique es un proyecto civil, autogestionario y sin fines de lucro. Participamos con esa mínima, pero suficiente cuota del sueño que afirma en el mundo la alegría de vivir. Para nosotros, al decir de los antiguos Nahuas: el verdadero artista todo lo saca de su corazón.

El arte no establece ni afina, no esclaviza ni deja en libertad, pues nadie nace esclavo en su mente, ni a nadie puede esclavizarse sin consentimiento de su corazón: Late no en lo obtenido sino en el silencio, en la distancia, en la pregunta.

Diseño de portada por Manrique Páez Sáenz, dibujos internos por Carolina Venegas, diagramación, corrección de estilo y filológica, edición técnica y literaria, realizados por el Consejo Editorial de Editores Alambique. Edición, Manuel Arce, Manrique Páez y Jorge Arturo

Hecho el depósito de ley. Reservados todos los derechos.

ISBN 9968-9871-3-1

© Editores Alambique, San José, Costa Rica, 1998.

© Jorge Arturo.

Prohibida la utilización para cualquier fin, así como la reproducción total o parcial de este libro, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio mecánico, electrónico u otro, sin la expresa autorización de Editores Alambique. Impreso en Costa Rica/Printed in Costa Rica.

“sea , lo que quieres, simple y uno solamente.”
Homero

“Al fin, la mejor manera de viajar es sentir.”
Fernando Pessoa

Bubu y Tormund

—Porque, ¿hay algo más importante que la amistad?

—Sí.

—¿Qué cosa?

—La amistad, vieja Tormund, la amistad.

—¡Un tiburón, maldita suerte, un tiburón! —exclamó Bubu en medio del hocico de espuma que quería tragárselo, cuando descubrió que entre las olas y el fondo turquesa del mar, un manto verde se abalanzaba contra él.

—¡Voy a morir! —gritaba jadeando—, pero... ¡es una tortuga, una enorme tortuga verde!

Ahora, mientras el sol del atardecer le entibiaba la piel y los recuerdos, a Bubu le parecía que recién acababa de lanzarse del barco, de la Homuna, como le llamaba al mundo de los suyos: los humanos. Había divisado de pronto aquella diminuta isla en forma de mariposa y algo en su interior susurró: “Ahí está, por fin... ahí está el exilio”.

—Ahora o nunca... —se dijo entonces muy suave, como si temiera que los demás pudieran impedir que se lanzara por la borda. Aunque de joven no era mal nadador, ahora, debido a sus más de cuarenta años; su mediana gordura; y su pésima costumbre de fumador empedernido, la llegada a la isla era cada vez más difícil. Era como si nadara entre arena. Un acceso de tos terminó con las pocas fuerzas que le restaban. Un sudor frío se mezcló con las gotas de mar que saltaban en ramillete desde su bigote de cepillo. Tragó agua, los brazos cayeron rígidos y pesados, las piernas se le acalambraron. Se sentía una miserable piedra cayendo hasta el fondo del mar. El fin se acercaba. Por eso Bubu jamás podría olvidar que aquel oscuro manto, que él creyera un tiburón, era una gigantesca tortuga que se colocó debajo suyo, levantándolo como a un niño para depositarlo en la playa con suavidad.

Bubu sonrió mirando con ternura a Tormund, la tor-

tuga verde, que roncaba a su lado, mientras arrojaba piedras y conchas al mar. Se abanicó con el sombrero de palmas y bejucos, hundido en su asiento de coral, conchas brillantes, tallos y hojas de palmera. El exilio y Tormund habían curado la soledad de su corazón. Estiró un pie, llegándolo hasta el verde caparazón, para acariciarlo. Tormund no se despertaría. Bubu lo sabía, porque cuando el tiempo fabrica una amistad tan cristalina y profunda como la de ellos, el lenguaje del otro termina siendo el de uno mismo.

—Cálicol —dijo Bubu un día, mientras chapoteaba en el arrecife.

—¿Cálicol?... ¡Cálicol! —contestó Tormund, y la isla en forma de mariposa quedó bautizada.

Éste había sido su único amigo allá en la Homuna y, mientras seguía acariciando el carapacho con su pie, Bubu sintió nostalgia:

—Cálicol —pensó—, ¿qué estarás haciendo?

Se levantó y caminó hasta el rancho que construyera entre dos cocoteros. Sus únicas pertenencias eran un fogón de piedras, una cama de hojas y una pila de leños en el rincón. Todas las mañanas los recogía de la playa y en las noches el fuego alargaba la plática. Después, Bubu tomaba un catalejo de pirata que un día encontrara en la arena y se entretenía enseñándole a Tormund los nombres que las estrellas tenían en la Homuna. Ella reía y preguntaba por qué ninguna se llamaba la Tortuga Mayor.

—Amigo —decía Tormund, aleteándole el hombro con dulzura— ¿qué quieres comer hoy: el pez más exquisito, una estrella multicolora?

Luego se sumergía y no faltaba en traer lo prometido. Bubu recorría la isla y siempre encontraba frutas, raíces tiernas, hierbas deliciosas desconocidas en la Homuna. No había agua en

Cálicol. Era tan pequeña que no quedaba campo para un río o una laguna. Por dicha, Tormund había descubierto barcos hundidos, y le encantaba traer a la superficie viejos toneles que, casi siempre, contenían espumante vino.

La semana pasada había sacado uno, bebiéndolo casi todo ella sola. Después, Bubu los usaba para recoger lluvia, o bien para almacenar agua a la que le quitaba la sal mediante un alambique fabricado con restos de naufragios. Cada vez que Tormund bebía su buen vino dormía días enteros. Bubu siempre terminaba por impacientarse, uno de los pocos defectos que aun guardaba de su vida en la Homuna.

—Soy una piedrilla que cae en el mar de la vida —reflexionó al regresar hasta donde la verde durmiente reposaba. De un salto se le trepó.

De pronto, oyó el golpe seco de algo que cayó cerca de la tortuga. La marea rápidamente empujaba hacia la playa una pequeña botella. Bubu corrió hacia ella, vio que contenía un papelito. “Hace tanto que no leo la escritura de los hombres”, se dijo mientras lo desdoblaba:

¿QUIEN SOY?
¿DE DONDE VENGO?
¿QUE ESTOY HACIENDO?
¿PARA DONDE VOY?

— ¡Ay, Marta, ¿por qué tiraste la botella al mar de Bubu y Tormund? —dijo Javier. No debiste escribir esas preguntas.

—No importa, Javier, no importa...

— ¡Sí, Marta, no ves que nos pueden regañar!

—Ah, no seás llorón. Además, mirá que buen pulso, la botella cayó cerquita de Bubu.

Los niños jugaban a leer La Hoguera Verde, encerrados en su cuarto de crayolas y risas. Abajo, la madre de Javier, preparaba la cena junto con su novio, el padre de Marta.

—¿Y si algo sale mal? —exclamó Javier frunciendo el ceño.

—Pues cerramos el libro y ya está.

—Marta —Javier la miraba fijamente a los ojos—, ¿qué son esas preguntas?

—No sé, se me ocurrieron... Bueno, la verdad es que siempre vienen en unas revistas que recibe mi papá por correo y que nunca me deja ver.

—¡Qué curioso! —Bubu se paseaba con la botella en una mano y el papel en otra—. ¡Qué asunto más curioso!

—¡Tormund, Tormund, mira, una botella que cayó en la playa!

Pero la tortuga verde seguía roncando. De pronto, estiró una aleta, movió levemente la cabeza, acomodándola mejor en su almohadón de arena.

—¡Tormund, una botella, una botella!

Los ronquidos, más suaves y profundos que nunca, acompañaban el rumor del mar. Bubu se dio por vencido. Volvió a la playa, hizo una bolita con el papel y la tiró al agua. Después lanzó la botella. Estaba molesto con Tormund, ¡justo ahora tenía que estar dormida!

—¿Quién soy? —murmuró cabizbajo.

Anochece y su figura pequeña y gorda se recortaba contra el océano resplandeciente. El fuego y el horizonte celebraban su rito, reflejándose en el verde caparazón de Tormund.

—¿Quién soy? Pues Bubu el exiliado.

—¿Que de dónde vengo? De más allá del mar, de La Homuna.

—Y que ¿qué estoy haciendo? Nada... Bueno, sí, vivo en Cálicol con mi amiga Tormund. ¡Qué preguntas!

—¿Para dónde voy?

Volteó la cabeza; a esa hora ya habían siempre varias estrellas entre los dos cocoteros.

—¿Que para dónde voy? Yo que sé, ¿acaso uno tiene que ir a alguna parte? ¡Vaya! ¿Para dónde voy? Allá está el norte, allá el sur. ¿Tengo que ir hacia alguno de ellos? ¿Son los míos? ¿Yo también tengo?

—¡Tormund, por un demonio, despierta! Amiga mía, despierta...no me dejes solo...por favor...

—¡Te lo dije, Marta! —interrumpió Javier—, mirá qué preocupado has puesto a Bubu. Vos sí que sos...

—Tranquilo, Javi, sigamos leyendo a ver qué pasa.

—¿Para dónde voy... para dónde? —la pregunta se hacía y deshacía en la mente de Bubu. Sintió el silencio de su exilio como una enorme piedra atada a su cuello. Contempló el atardecer del mar, el cielo tiznado de rojos, y la verde mancha de Tormund. Fue por un montón de leños y encendió una enorme fogata, con la secreta intención de que tal vez el ruido y calor despertarían a su amiga. Estuvo asando un poco de pescado pero casi no comió. Entonces perdió la paciencia.

—¡Ea, Tormund!, la más vieja y sabia de las tortugas —y la más borracha, pensó para sí—, despierta y dime ¿para dónde vamos?

Saltó sobre la tortuga, agarrándola primero a cosquillas y pellizcos, dándole después palmaditas en los cachetes y cantando desafinadamente, cosa que ella detestaba. Entonces, acudió al recurso extremo, empezó a saltar en el carapacho, gritando y bailando como un indio. Ya estaba otra vez por rendirse, exhausto, cuando Tormund, por fin, resopló y levantó la cabeza, entreabriendo un ojo. Bostezaba largamente, frotándose la cara con la aletas.

—¡Por las barbas del pulpo, Bubu, qué te sucede, bájate de mi espalda! —bufó Tormund, con un humor de tiburón.

—¡Una botella, Tormund, una botella ha caído misteriosamente cerca de donde estabas durmiendo!

—¿Una qué?

—Una botella...

—¿Y por eso has cometido el atrevimiento de despertarme, ¿acaso no te enseñaron a respetar a las tortugas mayores? ¡So patán!

—No, amiga, no es eso...

—Explicáte Bubu, mira que si no tienes algo que verdaderamente te justifique despertarme, justo cuando soñaba que tenía unas alas hermosísimas y volaba rumbo al sol, no te vuelvo a sacar langostas.

—La botella tenía un papel con preguntas.

—¿Ah, sí?

—¡Mjm!, no sé cómo contestar la última.

—¿Y dónde está?

—¿La botella?

—Sí, déjame verla.

—La tiré al mar, y el papelito también.

—Ah... ya veo, ¿no fue que te lo soñaste?

—¡No Tormund, en serio!, como no te despertabas me agarró chicha, y la lancé al mar.

—¿Y cuáles eran las tales preguntas?

—¡Ehhh...! —Bubu dudaba, sabía que Tormund se enojaría aún más—. La primera es ¿quién eres?, después siguen ¿de dónde vienes?, ¿qué estás haciendo? y ¿hacia dónde vas?

—¡Por las barbas del pulpo! —Tormund no dijo más.

Después, la tortuga verde le pidió a Bubu que le repitiera las preguntas, mientras palmeaba la arena con su aleta, mirándolo de reojo. Bubu se apretaba los brazos, hundiendo la cabeza entre los hombros.

—Bubu... —dijo Tormund al cabo.

—¿Sí?

—¿Has interrumpido mi sagrado sueño tan solo por esas preguntas?

—Si te despierto, vieja Tormund, es porque eres mi única amiga y necesito tu ayuda para resolver el enigma. Hasta podrían salvarse miles si encontráramos las respuestas.

Bubu caminaba frenéticamente, dando pequeños círculos.

—¿Salvar? —continuó Tormund, al frotarse los ojos con las aletas—. ¿Quiénes y de qué? Bubu, has estado demasiado tiempo bajo el sol.

—No, no. Responde, por favor, es importante. No sé bien por qué, pero siento que lo es.

—Está bien. A fin de cuentas ya me echaste a perder el sueño.

—Gracias Tormund, vieja amiga. Ahora dime: ¿quién eres?

—Una tortuga, una tortuga verde. ¡No lo habías notado!
—respondió con sorna.

—¡Ja, ja! Muy graciosa. A ver, y ¿de dónde vienes?

—¡Qué sé yo! Lo importante es que estoy aquí.

—Sí..., ¿pero de dónde vienes?

—Hace tanto que ni recuerdo. Algo tuvo que ver con un huevo.

—Si te burlas no sigo.

—Está bien, está bien, qué delicado, caramba.

Un reflejo cruzó la mirada de Bubu.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con aire triunfal.

—Hablando contigo.

—Te burlas, Tormunda. Estás riéndote de mí.

La tortuga dejó de palmear la arena. Bajó la mirada, fingiendo apenarse. “Si me llamó Tormunda es que está furioso”, pensó.

—Tranquilo viejo. Voy a ponerte toda la atención que puede ofrecer una pobre tortuga a la que despertaron a mitad de su valioso sueño —Tormund trató de disimular una sonrisa.

—No es para que te pongas así conmigo —dijo Bubu con cierto aire de resentimiento—. ¡Reclamona!

—¡Sí, una tortuga a medio dormir no es digna de confianza!

—Pero ponme atención...

—Bueno, bueno, continúa...

—Lo importante es la última pregunta. Mira...

Bubu se detuvo un instante. Tormund cruzó las aletas y apoyó la cabeza; sabía que el humano haría otra pregunta tonta.

—¿Para dónde voy?

—No entiendo, Bubu.

—¿Sí, que para dónde vas, cuál es tu destino, tu rumbo?

—Supongo que ir a la Isla Madre de las tortugas, cuando se acerque el Gran Atardecer, no estoy segura. La verdad, no me interesa mucho.

—¿Ves?, esta última pregunta es la clave.

—¿La clave de qué? ¡Ves, esos son los problemas que da el asolearse mucho!

—La clave, amiga mía. Si averiguamos para dónde vamos entonces sabremos qué estamos haciendo, entiendes, se resuelven todas las interrogantes.

—Un momento, al menos yo sé qué hago. Vivo en el océano, mi hogar, contigo que eres mi amigo. Pesco, nado, tomo vino. Después hago las más placenteras siestas hasta que aparece un necio bailando en mi espalda y me despierta.

—Perdón... pero no seas tan cascarrabias. Eso sí, Tormund, dime, ¿hacia dónde vas?

—¡Qué me importa!

—Pero, ¿cómo no va a ser importante encontrar la razón de vivir?

—¡Qué bruto eres, Bubu! La vida no se vive por ninguna razón: la vida simplemente es.

—¿Pero para qué?

—¿Qué cosa?

—La vida, ¿para qué sirve?

—Pues para vivirla.

—¡No, debe haber algo más!

—¿Como qué?

—¡No lo sé! ¡Ves, por eso es importante esta última pregunta!

—¿De veras tanto te interesa?

—Sí, Tormund, es muy importante para mí.

—Eso cambia todo, así es distinto. Si para mi amigo Bubu es tan necesario resolver este problema, entonces también es necesario para mí, porque, ¿hay algo más importante que la amistad?

—Sí.

—¿Qué cosa?

—La amistad, vieja Tormund, la amistad.

—¡Ea!

Tormund levantó una aleta y Bubu chocó su mano contra ella. Soltaron una carcajada.

—Sabes Bubu, creo poder ayudarte con esa pregunta, ¿hacia dónde vas?

—¿En serio?

—Sí, pero con una condición.

—¡La que quieras, Tormund, sabía que podía contar contigo!

—Que me dejes dormir lo que me faltó de siesta.

—Por supuesto, vieja y querida amiga.

Quedaban unas cuantas brasas en la fogata. Bubu arrió más leña y el fuego volvió a su música de destellos. Cantaron un poco, bebieron un resto de vino en el tonel. Bubu estuvo contemplando un rato a su amiga, que otra vez roncaba a aleta suelta. Después se incorporó y caminó hasta el rancho. Pronto amanecería.

Anlipa: la pajaropájara del atardecer

De pronto, el corazón de Anlipa se abrió como una fruta madura; en su interior era la noche. Las estrellas formaban una garra que intentaba atrapar una hoguera, una hoguera verde.

Bubu despertó antes de que el primer rayo de sol besara la piel del mar. Pero, no fue sino hasta mediodía que Tormund se amaneció entre bostezos que recordaban el principio del mundo.

—Bubu, viejo amigo, la espera no ha sido en vano. Mientras dormía he navegado entre las burbujas del sueño hasta encontrar, en las islas de la memoria, algo que te ayudará.

Tormund se refería a la existencia de la isla negra en forma de ojo.

—Es ahí donde encontraremos a Anlipa, el ave misteriosa. Ella tiene la clave para hallar la respuesta de tu pregunta.

Bubu daba saltos de júbilo sobre el caparazón.

—¡Bravo Tormund! ¡Partamos en seguida, oh vieja amiga, la más sabia de las tortugas! —y la más borracha, pensó para sí.

Bubu se afianzó al caparazón y partieron. La tarde era un murmullo de agua azul en la boca de un cielo despejado.

—¡Vaya, vaya! —dijo Tormund al anoecer.

La tortuga verde comenzaba a reconocer lo que sus antepasados llamaban la Región de las Estalactitas Rojas.

—Recuerdo las veces que pasé por aquí rumbo a la playa del amor, donde encontraría a mi tercer esposo, ¿o era el cuarto? Tan guapo que era mi tortugo. “Muchísimo cuidado”, advertían las tortugas mayores cuando pasábamos frente a la isla negra en forma de ojo. Recuerdo cómo nos compadecíamos de una hermosa avecilla. “Su nombre es Anlipa, la pajaropájara del atardecer, decía la tátara, tátarabuela en ese entonces, y es prisionera de Zelea, el hijo del volcán. No deben acercarse a esa isla”, senten-

ciaba la vieja. Lo cierto es que, poco después, el Consejo de Tortugas decidió cambiar el sitio de la playa del amor —Tormund aminoró la velocidad y dejó escapar un leve suspiro.

—Pero... ¿por qué ese temor? —interrumpió Bubu abanicándose con su sombrero de palmas y bejucos.

—Porque, en aquellos tiempos, la isla era una planicie compuesta por piedras de lava hirviente, muy peligrosa para las tortugas.

En el centro de la isla, decía la tátara, tatarabuela de Tormund, en el árbol más viejo del mundo, sobre un pequeño monte rodeado por arenas movedizas, Zelea mantenía prisionera a Anlipa.

—Durante el día —agregó la tortuga verde, frunciendo el ceño—, el hijo del volcán vigila los contornos, y por las noches un viejo árbol da la alarma, cantando cada vez que un extraño se le aproxima. Con sus ramas, advertía la tátara, el hijo del volcán hizo una jaula para Anlipa. En ellas, Zelea ha sembrado unas mariposas de sol que ante el más leve ruido provocan, con el choque de sus alas, un escándalo que bien podría despertarme de una borrachera.

—¡Qué desgracia! Todo parece indicar que nuestra empresa está derrotada de antemano —Bubu comenzó a caminar sobre el caparazón, nervioso.

—¿Te llevaría si fuera así? Vamos Bubu, “más sabe la tortuga por vieja que por tortuga” —Tormund aumentó la velocidad, haciendo surcos de espuma brillante—. Pero antes te advierto, si Zelea nos descubre, estaremos perdidos.

—Adelante Tormund, estoy decidido a lo que sea.

Mientras navegaban, Tormund contó cómo se había formado la isla negra en forma de ojo. Miles de años antes, el más fuerte dios del océano, y líder entre todos los dioses, quiso conquistar la tierra. Para esto mandó toda suerte de maremotos y huracanes e hizo llover durante cuarenta lunas. Garras de mar destrozaban todo lo que encontraban a su paso. Por fin, un día se dejó de distinguir tierra firme.

—A pesar de que muchos territorios fueron tragados por las aguas, otras tierras de La Gran Casa se mantuvieron en pie de guerra —continuó Tormund, señalando a su alrededor—, evitando que fueran conquistadas. En esos tiempos la isla negra era un volcán, el que más resistencia opuso. Zelea es su hijo, nacido de un huevo de magma enfriado durante la última batalla que dio el volcán.

Lo que nunca supo Tormund fue que al extinguirse, su padre dejó inscrita en tablillas de lava una leyenda según la cual, Zelea restablecería su reino volcánico. Para ello, primero debía hacer prisionera a Anlipa, la pajaropájara del atardecer, y luego esperar la señal sagrada.

—Sin embargo —concluyó Tormund—, con el transcurrir de los años, el volcán se secó hasta convertirse en la pequeña isla en forma de ojo. Lo que queda del volcán es el monte donde se encuentra el viejo árbol que canta. Por allí tomaremos a Anlipa.

—¡Ah, ya veo!, la vamos a rescatar para que nos ayude.

—¡Así es!

—Pero, Tormund, ¿cómo vamos a sacar a Anlipa de esa fortaleza?

—Con ingenio y paciencia, mucha paciencia. Además, lo que casi nadie sabe es que el árbol que canta, y el monte sobre el que vive, son huecos, y conducen hasta el corazón del mar. Esto me lo contó mi tátara, tatarabuela, por si alguna vez una de mis hermanas era atrapada por Zelea.

Al caer la noche, según había indicado la tortuga verde, se acercaron en completo silencio, sumergiéndose para salir bajo el centro de la isla. Bubu iba sobre la cabeza de Tormund, en sus ojos un destello iluminó la noche puntiaguda del mar. Sin hacer el menor ruido, subieron hasta dar con una pequeña caverna. Arriba se encontraba el árbol que canta.

—Ahora —indicó Tormund con un guiño. Entonces Bubu, de acuerdo con el plan de su amiga, subió hasta donde las raíces del árbol se unían a la roca y les hizo unas rajaduras.

Una savia lechosa brotó.

—Bueno —se dijo Bubu— a untarme pies y manos. Ahora, según Tormund, podré subir sin hacer ningún ruido.

Bubu llenó con savia el sombrero de palmas y bejucos, y escaló el interior del viejo árbol que canta. Poco después emergió por una grieta, donde nacía la rama más gruesa.

—Ahí debe estar el ave —Bubu se dirigía hacia una jaula hecha con la rama. La única entrada estaba protegida por una aldaba de piedra, imposible de abrir sin hacer ruido. El piso, a su vez, lo formaba una red de bejuquillos.

—Por ahí me la llevaré. Pero primero hacia la cima de este vejestorio, a darle una cucharada de su propia... savia.

Una vez sobre el árbol, Bubu vació su sombrero. Tuvo que regresar varias veces por más savia, vaciándola con muchísimo cuidado, hasta cubrir por completo las ramas, las mariposas de sol que las habitaban, y el tronco. Poco después, y con la savia ya transparente, Bubu bajaba hacia la base de la jaula.

—Hasta el momento el plan funciona. Ahora es el turno de las cosquillas.

Al llegar a la base del árbol, Bubu comenzó a rascarlo con unas conchas. El viejo ser apenas sentía un ligero estremecimiento al que respondía desenredando los bejuquillos.

Pronto, y sin que Zelea, el hijo del volcán, escuchara nada, Bubu estaba frente a frente con la dormida Anlipa. Sentía el miedo de profanar algo sagrado al tocar el ave: delgada y esbelta, del color de la lluvia excepto en el corazón, donde era tan azul como una tajada de cielo a mediodía. Unas finas venas, del color de la arena dorada por el atardecer, semejaban riachuelos de diminutos soles recorriendo su interior. “Si la viste una vez es imposible de olvidar”, había dicho Tormund.

Bubu recogió a Anlipa tapándole el pico y los ojos con delicadeza. Luego bajó y continuó con el plan: hacer una copia de la pajaropájara del atardecer con la savia del árbol. Poco después, Anlipa miraba por primera vez a Bubu y a Tormund. Por un instante un centelleo los iluminó. En lo profundo de su mira-

da había una mezcla de angustia, libertad y paz.

Bubu hizo su trabajo rápido y en silencio. Sacó savia del árbol y cubrió a Anlipa.

—A ver, a ver —repetía mentalmente—. Una vez que la savia se haga transparente, “del color de la lluvia”, diría Tormund, hago un corte con esta concha, saco a Anlipa, que salió medio sofocada, pego las mitades de “la cáscara”, lo lleno con más savia y... listo. ¡Vaya si es lista la tortuga verde! Ahora un chorrito de arena para la venas y una piedra azul en lugar de corazón.

Pronto, Bubu abría el molde, sacaba la copia de Anlipa y subía a dejarla en lugar de la verdadera.

—Se parece bastante, creo que podremos engañar por algún tiempo a Zelea.

Entonces Bubu hizo que, a punta de cosquillas, los bejuquillos cerraran la base de la jaula para siempre. Poco después, Tormund nadaba a toda velocidad alejándose de la isla negra en forma de ojo. Anlipa iba en su boca, respirando agitada y con enojo. Bubu se agarraba a una aleta, en la otra mano llevaba un extraño bulto hecho con su camisa. La noche se llenó de un silencio azul, apenas interrumpido por el levísimo ruido metálico que producía aquel bulto, cada vez que pegaba con el caparazón. Nadie, sin embargo, reparó en éste.

Para el amanecer se hallaban muy lejos de la isla. Iban en compañía de aquella hermosa y enigmática criatura: Anlipa. Con la luz del sol, el ave brillaba y su belleza aumentaba hasta estremecer el corazón de las piedras. “Parece una gota de luz sobre el caparazón de Tormund”, pensó Bubu. El enigma de su vida: ¿para dónde voy?, resonaba en su interior como una campanada de sal. Sin embargo, el haber liberado a Anlipa lo hacía sentirse tranquilo.

—¡Oh Anlipa! Ya te explicaré qué sucede, por qué te he rescatado. Es algo verdaderamente importante, y solo tú puedes ayudarme... Yo Bubu, el exiliado del mundo, de La Homuna, te prometo que cuando todo esto termine, serás libre. Lo juro por mi vida y por mi honor.

Bubu, descamisado y sin sombrero, caminaba nerviosamente por el caparazón, alrededor del ave.

—¿“Libre”? —repuso Anlipa, como si en esa palabra cupiera todo el tiempo del mundo—. Me dices “libre”, extranjero. ¿Cómo? ¿De dónde? ¿Para qué?

—Para ir donde te plazca —contestó Bubu, mientras un sudor frío empapaba su frente—. Una vez que me ayudes a encontrar lo que busco, te dejaré en libertad.

—¡Ah! —espetó Anlipa—, y ¿para qué quiero yo eso que llamas “libertad” si no hay con quien compartirla?

—Ya te dije —replicó Bubu débilmente—, puedes ir, viajar, a cualquier parte, hacer tu vida.

—¿Acaso mi vida está medio hecha? —carraspeó el ave con una miraba cortante como cuchillo de hielo—. ¿Algo me falta, algo me sobra? “Viajar”, no hay camino que no pueda mostrar a través de mi corazón.

—¿Y tu propio camino? —balbuceó Bubu.

—Mi corazón es mi propio camino —respondió Anlipa con sequedad, cerrando las cristalinas alas sobre el pecho—. Pero además, ¿qué sabes tú de libertad? Estaba prisionera en la isla de Zelea, según tú, pero ¿no lo estás en esta otra jaula de afuera, esa que llamas “mundo”? ¿No eres prisionero por partida doble, del mundo y de ti mismo? ¿No era Zelea mi carcelero y con ello mi mayor esclavo? ¿Qué sabes tú de libertad?... Dime por qué me has robado, por qué dejaste a Zelea en la peor de las situaciones: tener que ser él mismo.

Bubu mascullaba sus propias palabras, que le quemaban las entrañas como cangrejos de fuego, mientras veía las estelas que dejaba la tortuga en aquel mar tan azul.

—Tormund, vieja amiga, ayúdame por favor. Explícale a Anlipa que yo no pretendo ser su carcelero. Que yo... Dile. Por favor, vieja amiga, explícale.

—¿Tormund? —dijo Anlipa, arqueando una ceja.

—Así es —respondió la tortuga verde, inflando las fosas nasales—. Lo que Bubu trata de explicarte es que no sabe para

dónde va; y eso para una tortuga es incomprensible. Es todo lo que puedo decirte.

—Oye Anlipa —intervino Bubu—, el otro día cayó en Cálicol, nuestra isla, una botella. Y bueno, la abrí..., un papelito. Y, con la última pregunta ¿para dónde voy?... Yo no sé. ¿Lo sabes tú? Tienes que ayudarme, bella Anlipa. Por favor, dime ¿dónde encuentro la respuesta? ¿Cómo hallo el norte, el sentido de mi vida?

—No entiendo—dijo Anlipa frunciendo el ceño.

—Fue Tormund, fue ella, la que me dijo que solo tú podrías mostrarme la respuesta —respondió Bubu a punto de sollozar—. Pero si no comprendes entonces...

—Y con esa explicación, cómo quieres que entienda algo —intervino Tormund agitando sus aletas, salpicándolos.

Luego, con tortuguil tranquilidad, contó a Anlipa todos los detalles del hallazgo de la botella, de las preguntas, y de cómo para Bubu era importantísimo hallar la respuesta a aquella última interrogante. Tormund también explicó que una vieja leyenda de su tátara, tatarabuela, decía que no había pregunta que Anlipa no supiera.

—Comprendo —repuso el ave y sostuvo la mirada contra el firmamento, tensando su cuerpo como si se preparara a dar una batalla—. Por ahora es necesario navegar en silencio hacia el atardecer. No me interrumpan ni antes ni después de que les muestre la respuesta. Esto es fundamental. ¿Entendiste... cuál era tu nombre?

—Bubu —exclamó con júbilo, haciendo una reverencia—, y no te preocupes, no moveré un dedo hasta que digas. Y tú Tormund, ¿entendiste?

—Completamente, al buen entendedor pocas almejas.

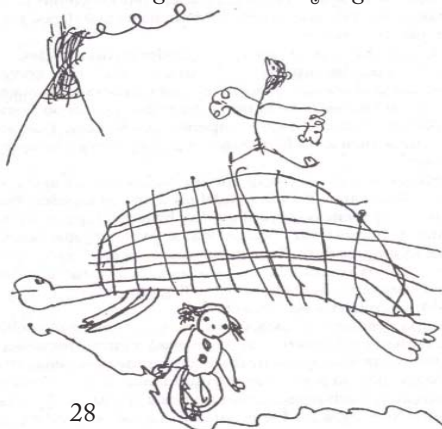
—Otra cosa les advierto —continuó Anlipa con gravedad—, después de que muestre el camino hacia la respuesta, no podré regresar de la tierra del sueño por algún tiempo. No se asusten, luego recuperaré las fuerzas. Pongan muchísima atención a lo que muestre, solo habrá una oportunidad.

Anlipa no dijo más y se quedó inmóvil observando el horizonte. Las manos del día se adelgazaban con rapidez. Bubu amasó su silencio sobre el verde y brillante caparazón de Tormund. Navegaban hacia la mayor aventura que jamás hubieran emprendido. Por fin, cuando el sol estaba en el poniente, Anlipa se irguió y sacudió las alas. Tormund se detuvo. Bubu supo que la hora había llegado.

—Miren, miren —advirtió el ave.

Anlipa desplegó las alas, cerró los ojos y colocó el cuello en la entrea de la corona; éste comenzó a girar produciendo ráfagas de azul que surcaban con rapidez las venas del ave hasta cubrirla por completo, inundando luego a Bubu y a Tormund. Riachuelos de minúsculos soles azules y soles dorados los irrigaban. De pronto, el corazón de Anlipa se abrió como una fruta madura; en su interior era la noche. Las estrellas formaban una garra que intentaba atrapar una hoguera, una hoguera verde. Bubu no atinaba a decir ni hacer nada. Tormund memorizaba la posición de la garra de estrellas. Era claro que debía llevarlos hacia aquella hoguera verde. Pronto la visión desaparecería y Anlipa quedaría inconsciente. Tormund supo que aquella era la única oportunidad, y no estaba dispuesta a perderla.

—¡Marta, Marta, —interrumpió Javier, lanzándose sobre los almohadones donde la niña leía *La Hoguera Verde*—. ¿Te gustan?



El Anillo de Fuego y la tribu de los Hombres y Mujeres Río

*Aquella luz azul era la estela que producía un hombre negro,
al mando de una barcaza de fuego. Un escalofrío le lamió la espalda.
Bubu no pudo evitar pensar en Zelea. La noche entró de puntillas al
palacio.*

Llevaban medio día navegando, todavía en completo silencio, hacia el sitio señalado por la garra de estrellas. Mientras Anlipa dormía, el color azul se reagrupaba en su corazón. Hacia el atardecer, un resplandor turquesa se anidaba en su pecho y el cuerpo era cada vez más transparente.

—Oye Tormund —dijo Bubu, mientras comenzaba a distinguir unos enormes acantilados que formaban un estrecho—, ¿estás segura de que navegamos en dirección correcta?

—Si me aprendí bien la posición de la garra de estrellas, creo que vamos en la dirección correcta. Paciencia Bubu, la paciencia es la madre de todas las tortugas y de muchas otras virtudes.

La tarde se escurría en silencio. Mientras en el firmamento se veían los primeros colores de la luna, los tres navegantes entraban en la región del Anillo de Fuego.

—Bubu —comentó Tormund con sobresalto, mirando hacia todos lados los salientes que, como colmillos de piedra, mostraban los acantilados—, si mi memoria no me falla, estamos a punto de entrar en los dominios de los feroces peces ígneos. Según la posición de la garra de estrellas es inevitable cruzar el peligrosísimo Anillo de Fuego, de dónde no se sabe que alguien haya pasado con éxito. Estamos en serios problemas viejo amigo.

—Explícate Tormund. ¿Qué es El Anillo de Fuego?

—Es un círculo de muerte formado por esos peces.

Tormund fue tajante. Una sombra de pesadumbre recorrió su mirada. El letal círculo era formado por el continuo girar de los peces ígneos, desde el fondo del mar hasta casi llegar a la cima de los montes que daban paso a aquel estrecho; nunca se detenía. Cada pez proyectaba su luz hacia el centro del círculo, creando una telaraña de luz, fuego y muerte. Cualquiera que

pasara a través del Anillo cortaba el reflejo perfecto de la luz y encontraba la perdición.

—¡Oh Bubu! —agregó Tormund con un estremecimiento que la hizo palidecer—, debe ser horrible morir devorada en medio de las más terribles quemaduras.

—¡Vaya! —Bubu se rascaba la cabeza. Observaba hacia el fondo del estrecho, el creciente palpar de un corazón de luz.

Por un momento Bubu sintió que así era el corazón de la muerte.

—¿Y si pasamos sin hacer ruido, o cuando los peces ígneos duermen, o comen?... —le dijo a Tormund, tratando de reanimar los ánimos—. ¿Y si pasamos por encima?...

—No Bubu, eso es imposible, a menos que algún buen pájaro nos agarrara con su pico y volara sobre el Anillo de Fuego —indicó Tormund soltando una carcajada para alejar la desesperanza—. ¡Ja!, menuda lombricilla íbamos a ser.

Tormund no dejó de sonreír por un rato, mientras miraba brillar intensamente la estela de espuma en medio de la noche.

—No Bubu, ni por arriba, ni por debajo, pues el Anillo llega hasta el fondo; por los lados sería un suicidio, con esas filósimas piedras que nos rodean.

Pasar por el centro era imposible. Los peces ígneos nunca dejaban de girar. Mientras no atraparan una víctima, se alimentaban de las chispas de vapor y fuego que hacían tanto al entrar como al salir del agua. Ninguno se quedaba sin alimento: al tiempo que un pez comía chispas las producía para el siguiente.

—No Bubu —agregó Tormund—, hay que ingeniárselas. Este círculo de muerte solo se detiene cuando cae un intruso. Entonces, se dan un festín en grupo. El resplandor es carnada infalible.

Un tenso silencio cubrió el navegar de Tormund. ¡Cuánto necesitaban ahora el consejo de Anlipa! Pero seguía totalmente dormida, y no podían despertarla, según les advirtiera. Bubu caminaba en círculos sobre el caparazón de Tormund, tratando

de hallar una solución, cuando de pronto tropezó con el bulto que había hecho con su camisa. Un golpe metálico precedió el saltó que dio Bubu y que casi lo arroja por la concha. Un fulgor le iluminó la mirada.

—¡Lo tengo Tormund, lo tengo!

Tormund arqueó la cejas.

—¿Qué tienes?

—La forma de pasar el Anillo de Fuego.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas las mariposas de sol, la savia del árbol que canta? —dijo Bubu mientras se agachaba a registrar el bulto de su camisa.

—Sí. Y, ¿qué con eso?

—Pues que traje conmigo algunas alas de las mariposas, unos puñados de una arena dorada, y un poco de savia.

Bubu desanudó la camisa y sacó con cuidado el sombrero lleno de savia a medio cuajar. Tormund se detuvo de golpe y dijo:

—Lo que has hecho es una barbaridad. Tenías derecho de traerte nada más que a Anlipa, y sólo porque nos podía ayudar. Ese es el problema con ustedes los humanos, se creen dueños de todo. Has abusado de mi confianza.

Tormund estaba molesta, muy molesta.

—Vamos, vieja amiga—prosiguió Bubu, ligeramente ruborizado, pero con una mirada de seguridad que hizo entrar en calma a Tormund—, “no hay mal que dure cien mares, ni tortuga que lo resista”. No es para tanto. Además, se supone que somos amigos, socios de aventuras, como quien dice hermanos. Lo que hice al traer todas esas cosas no es abuso sino confianza, que en la amistad es lo primero.

—No confundas confianza con respeto —respondió Tormund sin poder ocultar su curiosidad sobre la idea de Bubu—; esa sí es la base de la amistad. Demasiada confianza, decía mi abuela, rompe el caparazón. O, lo que es lo mismo, te deja patas arriba en la arena.

—Bueno, disculpa si tanto te ofendí. Si me hubiera imaginado lo que te iba a molestar, jamás las habría traído.

—Siempre se debe tomar apenas lo necesario, esa es la ley del mar. Además, ¿para qué trajiste esas cosas?

—En un principio, para darte una sorpresa.

—¿Cómo, a mí?

—Pues claro, Tormund. ¿A quién más?

—No te entiendo.

—Muy simple, al regresar a nuestro hogar, la isla de Cálicol, quería hacerte una hermosa cama que decoraría con “esas cosas” para que disfrutaras tus siestas, sobre todo después de tomarte tus vinos.

Tormund enrojeció y no dijo nada.

—Recién pensé—continuó Bubu—, que nos podrían ayudar a pasar el Anillo de Fuego.

Bubu explicó su plan: con la savia del árbol que canta, Bubu pensaba pegar las mariposas de sol y la arena dorada en el borde del caparazón. Anlipa viajaría, de nuevo, en la boca de Tormund. Para cruzar el Anillo la tortuga tendría que lanzarse de cabeza hasta el fondo. Con el impulso y un leve batir de aletas para dar la dirección adecuada, los tres pasarían paralelos al Anillo de Fuego. Ningún pez notaría su presencia. Las mariposas y la arena reflejarían la luz como un espejo.

—En mi juventud lo llamaba gimnasia. Yo iba a ir agarrado a tus aletas.

Bubu se mostraba entusiasmado y lleno de orgullo por su idea. Tormund no dijo nada, aun cuando no había entendido del todo el plan de su amigo. Una corazonada le decía que podría funcionar. De nuevo comenzó a navegar rumbo al Anillo.

—¿Qué te has imaginado? —rezongó poco después, sin ninguna convicción—. ¿Crees que a mi edad voy a estar andando de cabeza por el mundo? ¿No es suficiente con que una de nosotras lo haya sostenido durante varios milenios? Ahora, a mis años, ¿quieres que haga el ridículo? La verdad, con amigos así para qué tiburones. Olvídate, una también tiene sus sentimientos.

Aunque, es necesario reconocer que no es tan mala idea. Pero que yo, una tortuga de mi categoría gimnasee así como así. Nunca, nunca. Charlatán.

Tormund no pudo evitar que una sonrisa le saltara, como un chasquido de luz, de la comisura de los labios.

—¿Cómo te has atrevido a faltarme el respeto de esa forma?... Por supuesto, sería mejor si primero realizara un clavado submarino al acercarnos al círculo. Con el impulso pasaría por el Anillo de Fuego con la cabeza en alto, como corresponde a una tortuga. No es que tenga miedo, ¡jamás! Tampoco que vaya a dejarte sólo a la primera fea; aún soy bastante ágil y esbelta. ¿Qué te crees? Aunque... Bueno, está bien, está bien: lo haré. No se diga que Tormund tuvo miedo y fue vencida antes de entrar en combate.

—¡Bravo Tormund! Sabía que podía contar contigo. Manos a la obra.

Ninguno sabría que, al navegar bajo el agua, la savia sería lavada hasta dejarlos sin arena dorada, ni alas de mariposas de sol. Sin embargo, por su fe en conquistar una meta, y por la valentía de sus corazones, conseguirían pasar. Reflejaban la luz del Anillo como si fueran criaturas hechas de espejos...

—...de modo que así fue como pasaron el Anillo de Fuego. Muy bien, muy ingenioso, señor Bubu y amigos. Muy ingenioso. Sí, pero hace falta algo más que ingenio para hablar conmigo y poder contárselo a otros —chilló un hombre de agua, clavándoles una rabiosa mirada a Bubu y a Tormund, y una de ambición a Anlipa, la cual comenzaba a recobrar la conciencia.

Aquel no era otro que el Rey de los hombres y mujeres río, verdaderos ríos caminantes cuya esbeltez era sólo comparable con su miopía y sin falta de conciencia sobre cuanto les ocurría alrededor. La tribu vivía de la pesca y del comercio de la arena blanca y de la sal, indispensables para sus vidas. Todos los días, cada habitante debía tomar al menos tres vasos de arena blanca y

uno de sal para evitar que el mar les absorbiera el agua. Ya fuera que se adentraran en el océano para pescar, o para el sagrado ritual de la cópula, parecían hordas de gigantescas medusas.

Ahora, sin embargo, la tribu entera se arremolinaba, cuchicheando y salpicándolo todo, alrededor de Bubu, Tormund y Anlipa, quienes, una vez superado el Anillo de Fuego, habían decidido dormir unas horas al amparo de un peñasco que ocultaba la entrada a un tranquilo delta. Contrario a sus deseos, fue hasta bien entrada la tarde que despertaron, adentrándose en el delta y, sin saberlo, en los dominios de la tribu de los hombres y mujeres río.

Desde su trono, una perla ondulada al fondo de la Gran Concha Real, el Rey lanzaba miradas amenazantes.

—Majestad, con su venia —intervino un hombrecillo río de nariz ganchuda—. Yo, en calidad de Guardián Mayor, Vigilante de las Conchas Sagradas de la Ley del Gran Emperador, Rey, Guía, Maestro de maestros, de la más gloriosa raza que habita, habitó y habitará estos lugares. Yo, el mensajero predestinado de su lengua creadora, velador de los preceptos que rigen la vida misma. Yo...

—¡Basta ya general! Tu Rey y Emperador te manda guardar tu lengua viperina. Refiere solo los hechos.

—Con su venia. Bien... ¡Hum! Solo con magia estos extranjeros pudieron pasar. No es posible que con ese simple truco logran evadir a nuestros archienemigos, los viles peces ígneos. Espías, Majestad. Son espías. Peor aún, son peste —y al oír esto, la tribu entera se alborotó como un enjambre de abejas de cristal.

—¿Qué estás diciendo? Expílicate de inmediato —rezongó el Rey.

—Nosotros no somos —intentó decir Tormund—...

—A callar. Aquí solo habla quien tiene la venia del Gran Guía—interrumpió el general.

—¿Venia? —respondió Tormund con visible enojo—. ¿Cuál venia ni qué calamares en su tinta? Aquí mis amigos y yo...

—Calla tortuga insensata. Otros, por menos, han perecido. Y tú, Almirante, continúa. Tu Rey, Guía y Consejero te lo ordena.

—Pero... —intentó contestar Tormund cuando en ese instante, y respondiendo a una señal del hombrecillo río de nariz ganchuda, una fila de soldados desenfundó sus espadas de arena, con las empuñaduras de agua, blandiéndolas amenazantes. Más por sorpresa, que por el peligro que aquellas armas representaban para la tortuga verde, ésta no respondió nada.

—Con su venia Majestad —prosiguió el de la nariz ganchuda.

—Necio entre los necios —dijo el Rey quien, al agitar los brazos, arrojó miríadas de gotas—. Desde hace rato tienes mi venia. Dí por qué son peste estas criaturas: una tortuga que habla sin que nadie le pregunte, el tal Bubu y esta hermosa y dormilonaavecilla llamada Anlipa. Habla ya.

—Veréis, Excelencia. Primera pregunta: ¿para qué estamos aquí nosotros, la raza más gloriosa que existiera jamás? Única respuesta: para combatir a nuestros archienemigos, los viles peces ígneos. Segundo: ¿no es nuestro sentido buscar cómo vencerlos y servir, de paso, como ejemplo ante cualquier otra raza? Respuesta: por supuesto. Tercero: ¿no viven los viles peces ígneos para evitar a toda costa que cualquiera pase por el odioso Anillo de Fuego?

—¡Sí. Sí, es verdad, que viva el Mariscal! —interrumpió, un poco envalentonada, la tribu.

—¡Callad mis súbditos.! No tenéis permiso de hablar.

—¡Ah... Oh... Majestad, dadnos la venia, sí —dijeron las mujeres río como un coro de caracoles.

—¡Sí, su excelencia, gobernador del destino y de la Ley, dadnos vuestra magnífica venia, no seáis malo, andad, decidnos que sí! ¡Sí! —corearon los hombre de la tribu.

—Está bien pueblo querido. Hablad, vitoread si así lo deseáis. Pero que sea rápido —asintió el Rey, agitando los brazos.

—¡Oh gracias, Maestro de Maestros! —prosiguió la tribu entera—. A ver, a la una, a las dos, y a las: “sí, es cierto, es verdad: viva el Mariscal-General”

—¡Oh pueblo mío, de quien tengo el honor inmerecido de ser su General, por la decisión del Supremo, nuestro Rey de Reyes, las vivas sean con vosotros! —respondió el hombrecillo de nariz ganchuda con una exagerada reverencia, que a todos pringó.

—Y con tu espíritu —dijeron las mujeres—.

—Y el de nuestro Monarca —afirmaron los hombres—.

—Ya nos callamos, de este pueblo no saldrá ni “o”.

—Eso espero. Sería verdaderamente aburrido un reinado de solo Rey y General: sin súbditos. ¿Habéis entendido mis vasallos?

—¡Ah...oh...oh...ah. Sssshhhhh! —exclamó el pueblo.

—Entonces, prosigue Teniente Coronel.

—Gracias, Arquetipo Primordial —Su nariz pareció un colmillo de agua—. Como decía, nuestro sentido es tratar de vencer El Anillo de Fuego. Por milenios nos hemos preparado, enviando expediciones que han dado su Aqua Magnífica por esta idea única, irreversible e indiscutible.

A estas alturas, el hombrecillo río había hecho tantas reverencias, salpicándolos después de cada frase, que el bigote de Bubu parecía llorar.

—Sus, digamos desapariciones —continuó—, han sido testimonio y ofrenda de su valentía, y de la nuestra, su Excelencia, y de la nuestra. Entonces, si los viles peces ígneos son libres porque cumplen con lo escrito y por eso mantienen el Anillo de Fuego, es una desconsideración, una herejía, una blasfemia, un insulto para la tribu más excelsa, que somos nosotros, y a su máximo representante, Rey, Guía, Emperador, Maestro de Maestros, Gran Arquitecto y Dispensador de la Ley, que es usted Señor, el venir a echarnos a perder la perfección de nuestras vidas. Se imagina, ¡oh su Majestad!...

Y el hombrecillo río de nariz ganchuda se puso tan verde que, por un momento, se le ahogó la voz.

—...¡oh su Majestad!, que alguno, perdón por lo que voy a decir, comenzara a buscar su propia explicación. Que, por un momento, alguien quisiera elegir otro camino, “su propio camino”. Como lo hicieron el maldito Talem y sus rebeldes. Caos, caos total, Majestad Preclara.

Al nombrar a Talem la tribu se sobresaltó.

—Ya veo tus razones Contraamaestre —pensó el Rey, acariciando su barba—, estos extranjeros son peor que intrusos. Su sola presencia alienta el caos y la perdición: el recuerdo del maldito Talem y sus rebeldes. Y esto no se puede permitir.

Entonces el Rey se levantó de su trono y empuñó un tridente de aguas doradas.

—Yo, Supremo Guía, elegido desde siempre por la voluntad de todos, porque mi voluntad es la de todos, amado por todos, porque yo encarno lo más digno de amar, tengo que imponer el máximo castigo. Por vuestro bien, querido pueblo. Porque primero el pueblo que su Guía. ¿No es cierto, Recontraalmirante?

—¡Viva el Emperador, la Ley y el pueblo! ¡Oh Majestad, habéis dicho lo mejor y más exacto que alguno dijera, dice o dirá! ¡Oh Maestro!, mi corazón chorrea de contento y no he podido contenerme. Perdón mi Señor.

—Estás perdonado Mariscal. Ahora debe pronunciarse la Ley y ejecutarse.

—Un momento —intervino Anlipa, recobrada por completo—. ¿Se puede aplicar un castigo sin oír la defensa de los acusados? Porque...

—¿Quién osa hablar sin mi venia? —vociferó el Rey.

—Milord —dijo el Mariscal—, con su venia, he visto quien ha sido.

—Ya te he dicho que la tienes y, además, te he insistido uno y mil ríos, que no me hables en extranjerismos, odio que me llames “Milord”, llámame “Señor”, “Grande entre los Grandes”,

“Gotaza”, pero no más milores. No más. ¿Entiendes? Ahora dime quien osa hablar sin mi graciosa venia.

—Perdonad “Señor”, “Grande entre los Grandes”, “Gotaza”, perdonad. Ha sido el pajarraco ese.

—¡Ea, alto ahí! De pajarraco ni una pluma... —intervino Tormund, la cual hubiera explotado de furia de no ser por la mirada, suave y profunda, con que Anlipa se irguió callando a todos.

—Soy Anlipa, la pajaropájara del atardecer. Tengan cuidado.

—¡Ah...ah...oh...oh! —rumoró el pueblo.

—Calma pueblo mío que estáis en la llanura —canturreó el Rey—. Calmaos, calmaos y tened confianza en vuestro Guía. Yo sabré resolver esta contrariedad. Ahora id a vuestras conchas a descansar y no olvidéis vuestras oraciones por la justicia, la Ley, acá el Capitán y, por supuesto, por vuestro humilde servidor, el Rey. Ios y mojados sueños.

—Con vuestra venia, Majestad, este, tu pueblo querido, desea hablaros.

—Hablad pues, querido pueblo.

—¡Oh gran y máximo Rey, gracias os damos! A ver, todos: ¡jip, jip, hurra! ¡Jip, jip, hurra! ¡Qué viva nuestro magnífico Rey! ¡Viva! Ahora nos marchamos, su Excelencia. Mojadas noches, Señor.

—Mojadas noches con ustedes. Ahora hijos míos, marchaos pronto, marchaos ya.

La tribu entera abandonó la Concha Real en silencio, dejando a Bubu, Tormund y Anlipa en compañía del Rey y su Capitán, resguardados por una escolta.

—Con vuestra venia Majestad —dijo el hombrecillo de nariz ganchuda.

—Habla, Estratega y Burgomaestre.

—¿Me retiro yo también?

—¡No, quédate! Has de imponer la Ley.

—¿Yo señor? ¡Oh, qué gran honor, su Excelencia!, pero,

es demasiado para tan humilde servidor. Además, la ley dice que solamente el Rey de Reyes ha de imponer la Ley.

—¿La Ley eh? Y acaso, ¿no soy yo, el Rey, la Ley misma?

—¡Oh sí, mi gran Señor, mi excelentísimo Maestro!

—Entonces, te ordeno ejecutar la máxima sentencia.

—Como vuestra Merced disponga —El hombrecillo extrajo de unas conchas, desenrollándola, una pequeña catarata que leyó con una solemnidad excesiva—. La ley dicta que todo acto de traición a la patria, al pueblo y al Rey, será castigado con la pena máxima: enviar al culpable hacia el Valle de la Hoguera Verde, donde nadie ha regresado jamás.

Al oír “Hoguera Verde”, Bubu, Tormund y Anlipa cruzaron una rápida mirada.

—Ejecútese al siguiente amanecer una vez dado el fallo —agregó el General.

—Bien dicho Capitán. Pero, ¿podemos aplicar nuestra Ley a estos extranjeros, totalmente distintos a nuestros cuerpos de agua que camina? A lo sumo quedarían un poco cansados, nada más. De modo que si no se puede con ellos, sí se podrá contigo, exsargento.

—¿Cocómo? ¿Exsargento?

—¡Sí, exsargento! —dijo el Rey frotándose la barbilla.

—¿Pero cómo? —chilló el hombrecillo que en ese momento más parecía una enorme nariz ganchuda que otra cosa, dando un salto hacia atrás—. Pero Señor de Señores, Gotaza, ¿cómo me haces eso a mí, tu más leal y seguro servidor?

—Lo tienes bien merecido —sentenció el Rey, irguiéndose sobre la perla real—. ¡Idiota! ¿Cómo se te ha ocurrido mencionar ante el pueblo las consecuencias de la presencia de estos extranjeros? Semejantes cosas se discuten en privado.

—Pero Señor, me ordenasteis hablar.

—Hablar sí, no ser estúpido y peligroso. Además, ya no soporto tu palabrería, y de vez en cuando, es saludable cambiar de general. Al verte condenado, el pueblo olvidará tus argumentos y te asociará con la traición del maldito Talem y sus rebeldes.

Yo mismo me encargaré de que así lo piensen.

—¡Oh Rey de Reyes! Dije la verdad, nada más que la verdad y solamente la verdad.

—Peor aún, la verdad nunca se le dice al pueblo. Además, tengo otros planes con estos extranjeros, planes muy provechosos.

Un breve silencio se apoderó de la Concha Real, alumbrada por la tenue luz del atardecer. El Rey hizo una señal y dos de los guerreros imperiales, armados con lanzas de arena y mirada feroz, dieron un paso al frente.

—Con vuestra venia Majestad —dijeron, haciendo una seca reverencia.

—La tienen.

—Los Guardias Imperiales os saludan. Vuestros deseos son órdenes.

—¿Queréis ser generales?

—Sí, Majestad, queremos.

—Bien, bien. Entonces, llevaos preso al exteniente y licenciadlo al amanecer.

—Pero Señor de Señores, Alteza Excelso —balbuceó el hombrecillo—, escuchad a este, vuestro humilde exbrigadier ¿por qué yo?... ¡Oh cielos nubarrados!

—¡A callar, Exgeneral! Además, desde todo punto de vista salgo ganancioso. No solo obtengo dos generales por el precio de uno, sino que, y esto es lo mejor, son más callados que tú, expupilo.

—Pero Majestad...

—Guardias, perdón, Brigadieres Imperiales, lleváoslo ya.

—Al momento Señor.

Así, Bubu, Tormund y Anlipa vieron partir a los brigadieres con el ex de nariz ganchuda, al que nadie vería nunca más. Unas estalactitas, puestas en fila desde la entrada de la Concha hasta la Perla Real, exhalaban una mortecina luz azul. Un silencio total se apoderó del lugar. Bubu tuvo la visión de que aquella luz

azul era la estela que producía un hombre negro, al mando de una barcaza de fuego. Un escalofrío le lamió la espalda. Bubu no pudo evitar pensar en Zelea. La noche entró de puntillas al palacio.

—Bien, ya me libré de ese necio —carraspeó el Rey—. Ahora a lo importante. De modo que tres extranjeros en mis dominios. Realmente ¿quiénes son y qué quieren? Vamos muchachos, hablemos con franqueza.

Al decir esto bajó de la Perla Real y se acercó vigilante.

—Antes de contestar estoy seguro que coincidirán conmigo en lo justísimo de recompensarme por haberles salvado, hasta el momento, sus insignificantes vidas. Bien, magnífico —y sus ojos blancos brillaron con avidez—, entonces me quedaré con la exótica Anlipa. Es un buen pago a mi generosidad, aprovechando que hoy me encuentro extremadamente sensible y bondadoso.

—...Escuchá pedazo de...

—Calma Tormund —dijo Bubu entredientes, codeándola disimuladamente—. No hables en vos alta, debemos ser más astutos que este miserable. Déjamelos a mí y cuida de Anlipa.

—De acuerdo, pero te juro que lo ...

—Majestad —carraspeó Bubu al Rey—, ambos somos hombres de negocios, es decir, traidores, políticos. Para algunos, esto es su mayor defecto, en cambio, para nosotros, nuestra mayor virtud. No se ofusque, no pretendo insultarlo, digamos más bien que hago un reconocimiento de colega a colega. Vamos por partes, mi nombre es Zelea, el pirata, quien junto a la bravía y despiadada Tormund, recorre los confines de los mares en busca de tesoros y aventuras.

—...Bubu, ¿te has vuelto loco? —susurró—. Pero, ¿cómo dices que te llamas Zelea?

—Calma Tormund, confía en mí... —respondió Bubu entre dientes.

—En esta ocasión —continuó Bubu hablándole al Rey—, llevamos prisionera a Anlipa, la princesa de los poderosos

pajaropájaras de fuego, y por quien pretendemos obtener un muy alto rescate.

—¿Cómo has dicho, pajaropájaras de fuego? ¡Hum...! Eso es peligroso aquí, muy peligroso —exclamó el Rey al regresar a su asiento en la Perla Real, soplando un pito de agua para que los nuevos brigadieres regresaran lo antes posible, al tiempo que el resto de la escolta se ponía en guardia, rodeándolo.

—Cierto Majestad —reafirmó Bubu levantando una ceja y dando un paso al frente—. Por eso no sería recomendable tener a la princesa Anlipa con usted.

—Caballeros, caballeros —agregó el Rey, poniéndose de pie—. No discutamos por detalles, llévense a Anlipa con ustedes. Nadie diga que el Rey de los hombres y mujeres río no es magnánimo. Nada me deben.

—Por cierto, y sólo por curiosidad —agregó Bubu—, ¿en qué consiste el castigo de su exgeneral? ¿Qué hay en el Valle de la Hoguera Verde? ¿Quién es ese Talem?

—Talem... ese maldito... Es lo más odiado, el mayor peligro para nuestra raza, aparte del fuego y la arena.

El Rey cayó de golpe sobre la Perla Real. Echaba espuma por la boca. Un fulgor de temor se dirigió hacia el mar de sombra del delta.

—Está escrito —prosiguió el Rey— que Talem regresará como portador de una época de terribles tribulaciones. Se afirma que entonces será el fin de nuestra raza.

Lo del castigo, explicaría luego el Rey, era más bien simple: cuando alguno de los hombres y mujeres río era condenado a la máxima sentencia, se le obligaba a caminar rumbo al Valle de la Hoguera Verde. Al estar constituidos aquellos seres por agua que camina, el condenado no tardaba en ser absorbido por las arenas que anteceden al Valle. Durante el invierno siguiente todos los hombres y mujeres río estarían recibiendo al menos unas gotas del infortunado. Si el condenado lograba superar el mortal y arenoso camino, entraría entonces al valle del cual ninguno ha regresado jamás.

—Se dice —concluyó el Rey tratando de recobrar la compostura—, que en el Valle de la Hoguera Verde existen los más grandes peligros.

En ese momento una estrella verde se dirigió fugaz, hacia el poniente, justo detrás de la Concha Real, rumbo al Valle.

—Pero bueno, caballeros, ahora ¡a descansar! —ordenó el Rey, tomando asiento—. Sí, pero ¿dónde? Ustedes no duermen en conchas como nosotros... Ya lo tengo, Tormund, dormirás en el mar o en la orilla, según te plazca. Tú Zelea, o Bubu, o como te llames, descansarás entre aquellos arbustos que te protegerán del rocío. En cuanto a Anlipa, la princesa de los pajaropájaras de fuego, puedo resguardarla en una de las cuevas secas de mi palacio marino. Solo existen tres entradas y en todas, para tranquilidad de ustedes, reforzaré la vigilancia.

—Muchas gracias por la generosidad —dijo Bubu—, pero preferimos cuidar a nuestra prisionera personalmente. Ningún pirata respetable abandona su tortuga o su botín. Esta es ley en la piratería tortuguil.

—Señores, no seré Yo quien se entrometa con sus leyes. Mucho menos quien lesione su dignidad de piratas y tortugas. Descansen en la región de las dunas, entonces. Mis Brigadieres Imperiales les indicarán el camino. Ahora vayan, mañana será un día muy agitado; deberán partir muy temprano para que el pueblo no los vea. ¡Generales Imperiales, venid!

—Los Generales Imperiales os saludan Majestad.

—Llevaos a unos guardias para que acompañen a estos extranjeros a la región de las dunas. Que los soldados se queden en vigilia. Regresad vosotros luego.

—Vuestros deseos son órdenes, Señor.

—Gracias le damos Majestad, mi compañero pirata y yo —dijo Tormund, haciéndole un sutil guiño a Bubu.

—No hay de qué Tormund. Ahora marcháos.

Momentos después, el Rey estaba de nuevo con sus Generales Imperiales.

—Ahora que se han marchado, poned atención mis Te-

nientes; localizad a Antártico de inmediato, el hombre río de la región blanca; llevadlo a la región de las dunas, que congele a los extranjeros sin matarlos; luego traedme a Anlipa ¿Habéis entendido?

—Sí, su Excelencia.

—Después, prepararéis un lugar cómodo y seguro en mi palacio. Tendré como huésped perenne a esa deliciosa avecilla. También debéis indicarle a Traiton, el escribiente, que los diarios de mañana, Los Espejismos Matutinos y El Mar de los Zarpazos, deberán contar cómo el exgeneral preparaba un golpe de majestado, y cómo el asunto con los extranjeros fue un truco para desviar la atención. Vosotros, mis Coroneles, daréis testimonio de cómo vuestro Rey logró descubrir el complot y cómo, aún a costa de gravísimos peligros, tomó preso al sedicioso y sus cómplices, con vuestra ayuda, mis nuevos y valientes Brigadieres. Para celebrar la salvación del reino, se decretarán a partir de mañana, tres días de fiestas en honor al pueblo y a su Rey. ¿Entendisteis?

—Sí, su Alteza, vuestros deseos son órdenes.

—Además, me proveeréis de un sitio oculto en la región de las dunas para que vivan Tormund y Bubu, o Zelea, o como se llame. Serán nuestros perennes invitados. Procuraréis, a costa de vuestras vidas, que nadie los descubra. Ahora marchad rápido y vigilad que todo se cumpla como deseo.

—Creo —meditaba el Rey momentos después—, que es hora de dedicarme al libre comercio. Con la ayuda “voluntaria” del extranjero Bubu, o Zelea, o como se llame, y de su tort... ¡Qué estoy diciendo! ...de mi tortuga. Porque querrán, tendrán que ayudarme; de lo contrario Anlipa sucumbirá de inmediato. Los extranjeros me darán la oportunidad de aumentar mi poder al controlar el comercio y el paso por la región. Con ellos no será necesario perder más expediciones del pueblo en busca de arenas exóticas. El pueblo creerá que puede tener siempre más cosas y con ello la felicidad. Me amarán más. La doctrina de Talem y sus rebeldes no se favorecerá. Quien quiera entrar o salir del Valle de la Hoguera Verde, deberá hacerlo por mis dominios y eso costará

mucho. Tendré el control absoluto. El viaje en tortucarruaje será muy caro. Pobres ilusos, supusieron que les creería ese cuento de la princesa de fuego. No saben con quién están tratando. Pero pronto lo averiguarán.

Antártico y Primal

Aquel que tenga congelado el corazón, no resistirá jamás el canto del color, el canto de Primal.

No bien salían de la Concha Real, siguiendo a un guardia hacia unas dunas cercanas, rodeadas por desagües de aguas multicoloras, cuando Tormund les señalaba a Bubu y Anlipa que la garra de estrellas se cerraba sobre una pequeña montaña, precedida por la región de la dunas.

Al llegar a las dunas, Bubu contó a Anlipa todo lo sucedido desde el momento en que ella perdiera el conocimiento. Tormund, por su parte, se adentró en el mar para volver luego con unos deliciosos cangrejos dulces.

—Toma Anlipa —dijo Tormund relamiéndose, era evidente que la tortuga se había dado un festín—, no hay nada mejor que un bocadillo para recuperar al ánimo. Bubu, es bueno que también comas un poco, aunque estén crudos, los necesitas. No sabemos qué nos espera más adelante, ni cuándo volveremos a comer.

Bubu comió con ánimo pero en silencio. Su mirada se perdió hacia la pequeña y delgada montaña. Su corazón palpita-ba con fuerza. Desde que iniciara aquella aventura y descubriera, en el corazón de Anlipa, el camino a la respuesta, no había pensado en su enigma. ¿Para dónde voy?, se quedó repitiendo hasta que se quedó dormido.

—¡Bubu, arriba! ¡A despertar! —susurró Tormund alertando sobre la oportunidad de escapar —. Ahora que los guardias están dormidos, hasta burbujas hacen, aprovechemos para irnos hacia la montaña que señala la garra de estrellas.

En el mayor de los silencios, emprendieron la huida.

—No fue fácil quedarme callada, nada fácil —interrumpió la tortuga verde, sacudiendo la cabeza, una vez que comenzaron a subir. Anlipa brillaba sobre Tormund, Bubu iba adelante con el corazón ansioso. Los guardias no eran más que puntos en

la lejanía—. Ese Rey, y todos los hombres y mujeres río, son una perfecta partida de cangrejos.

—¡Qué bárbaro, Bubu!, con eso de que soy la princesa de... —intervino Anlipa.

—Los pajaropájaras de fuego, Anlipa —prosiguió Bubu, sintiendo que la voz del ave era un suave chorro de azul que le iluminaba el corazón—. ¿Por cierto, cómo te sientes?

—Bastante mejor, gracias —y Anlipa desplegó su cuerpo sobre el caparazón de Tormund—. Menos mal que pronto entendí tus intenciones con eso de los pajaropájaras de fuego. Pude haber dicho algo que nos delatara. Ahora debemos darnos prisa —indicó Anlipa con un estremecimiento en la voz, luego de mirar hacia atrás.

—¿De cuáles intenciones habla Anlipa? —intervino Tormund que sudaba copiosamente al escalar la pendiente.

—Quería probar qué tan ingenuo era el Rey de los hombres y mujeres río —aclaró Bubu—, y calcular cuánto tiempo teníamos para escapar.

Si Zelea iba a perseguirlos, como anunciara Anlipa, no tendría más remedio que pasar por aquellas regiones; por esto, Bubu pretendía, al usar el nombre de Zelea como si fuera el propio, que el hijo del volcán perdiera un valioso tiempo, con los hombres y mujeres río.

Bubu sintió una estocada fría en el estómago. Todos la sintieron, pero nadie dijo nada.

—Adelante Tormund —añadió, tratando de infundir optimismo—, los hombres y mujeres río no pueden seguirnos por tierra.

—Por el camarón barbudo —exclamó Tormund con enfado—, cuánto lamento ser tan lenta.

—Vamos mi vieja y perezosa amiga —respondió Bubu empujando con ternura a Tormund—, deja de blasfemar. Sigamos hacia la colina que señala la garra de estrellas, hacia el Valle de la Hoguera Verde.

Anlipa brillaba alerta sobre el caparazón de la tortuga

verde, que relucía como un espejo milenario. Bubu marchaba al frente. La luna brincaba sobre las copas de los árboles y caía sobre la arena. Anlipa se fundía con el resplandor plateado. Bubu se sintió un murmullo de piel en medio del firmamento. Hacia el amanecer, cuando casi vencían la cúspide del monte, Tormund miró el camino recorrido y dio un grito sobresaltada.

—Bubu, Anlipa, ¿qué brilla ahí abajo y avanza hacia nosotros? Les juro que se me anuda una anguila de frío en la garganta.

—Es difícil saberlo con exactitud —intervino Bubu—, pero... No. Pensarán que estoy loco. Parece, parece...

—¡Un hombre de hielo! —afirmó Anlipa, irguiéndose—. Así es, no estás perdiendo la razón. Jamás pensé que existiera, creí que se trataba de una leyenda.

—¿Qué quieres decir? ¿De quién, se trata?—interpeló Tormund.

—La leyenda habla de Antártico, el hombre de hielo. Se dice que es el más implacable cazador que todo lo congela con su aliento polar, formando pisos de hielo por dónde deslizarse. Durante el día, fabrica sobre su cabeza un tejido de escarcha, hecho con su aliento, evitando que la luz y el calor lo aniquilen.

—¡Un hombre río de hielo! —se asombró Bubu—. Vaya, no era tan estúpido el Rey después de todo. Démonos prisa. Vamos Tormund, hacia lo más alto del monte. Ojalá que le cueste subir.

—Demonios, cuánto lamento ser tan lenta en tierra —rezongó Tormund, frunciendo el ceño—. Miren, al Antártico ése no parece detenerlo la pendiente, aunque sí lo vuelve más lento. De prisa amigos, de prisa.

Al llegar a la cima, se dieron cuenta de que no había más que un filoso despeñadero, aun siendo justo el sitio que señalaba la garra de estrellas. El frío crecía a medida que el hombre de hielo se acercaba. No parecía haber opción: el borde del risco insondable, o la garra de Antártico.

—Tormund, Bubu: escuchen. Escúchen...se. Escúchense —

murmuró Anlipa, que cruzó las alas sobre el pecho, hundiendo en ellas su pico.

Los tres comenzaron a estremecerse ante la más dulce música jamás escuchada. La melodía les surgía desde lo más profundo. Conforme crecía inundaba maleza, alimañas, y hasta las mismas rocas.

De pronto, una hermosísima boca carmesí hizo su aparición, pero desapareció casi de inmediato. Una ligera risa se unió a la melodía. La boca volvió a aparecer y desaparecer, cambiando de tamaño en cada ocasión.

—¡Oh, qué bellos son! —dijo la boca, y tomó el tamaño de Bubu—. ¡Oh extranjeros que tan gentilmente visitan a esta hermosa y solitaria boca! Prismal es mi nombre y estoy para servirles. Bienvenidas sean, espléndidas criaturas. ¡Ah, qué bella eres, Verde! Y tú, Blanco, tan gallardo... pero, ¿qué es esto? Vaya pequeñuela tan hermosa, Colordeluna. Pero, ¡qué bellos son! ¡Qué feliz soy! Hace tanto tiempo que nadie me visitaba. ¡Qué gentiles y bellos son! Pero, digan. ¿quieren pasar? ¿Desean conocer mi adentro? ¿Ir al Valle de la Hoguera Verde? Díganme. Pero, ¡qué bellos son!

Prismal dio varias vueltas sobre sí misma, semejando un ramo de mariposas carmesí. La música no pudo ser más estremecedora.

—No tenemos mayor anhelo, ni más remedio, que ir al Valle de la Hoguera Verde —Bubu hizo una sutil reverencia—. Dínos cómo entrar preciosa boca.

—¡Qué bellos son! Resuelvan este simple acertijo y pasarán:

Imaginen que están en medio de un desierto amarillo, completamente solos y que solo tienen dos posibilidades: quedarse contemplando el desierto, o abrir un hueco, tan profundo profundo, que pudieran alcanzar el otro lado del mundo. Si hicieran lo segundo, se encontrarían en medio de un desierto mucho mayor, y más amarillo, que el anterior y con nada más que dos posibilidades: mirar y mirar el arenoso horizonte, o abrir un

hoyo tan hondo tan hondo, que consiguieran llegar al otro lado. Ahí hallarían un desierto todavía más grande que los anteriores. El dilema a enfrentar sería, quedarse simplemente observando, o hacer un hueco tan profundo tan hondo, que conquistarían el otro lado. De lograrlo, estarían en medio del desierto amarillo más...

—¡Qué cosa más horrorosa! —interrumpió Tormund, torciendo la boca—. Tantos desiertos y del mismo horripilante color.

—¡Tormunda! —reclamó Bubu—. No seas tan descortés. Y tu Prismal, disculpa esta barbaridad, es que estamos muy nerviosos. Con respecto a tu acertijo no entiendo en qué consiste y no sé cuál es la respuesta.

—Yo... pero, ¡qué bellos son!... tampoco entiendo. Ni me interesa hacerlo, nunca he estado en un desierto, no podría. Este acertijo me lo regaló el último extranjero que me visitó hace muchas lunas. En fin, y tú hermosa —añadió, señalando a la tortuga—, ¿qué harías si tuvieras que enfrentarte con el acertijo?

—¿Yo?... me pondría verde, lentamente —respondió Tormund con una risilla.

—¡Tormund! —gruñó Bubu—. No es el momento para tus ironías.

—Te equivocas Bubu —intervino Anlipa desplegando las alas, dejando escapar una mirada de gran paz—, siempre es bueno el tiempo para ser uno mismo.

—Hermosa Prismal —continuó Bubu un poco desconcertado—, tengo que advertirte: somos perseguidos por un hombre de hielo, el cual congela las cosas que encuentra por su paso, para luego quebrarlas como hojuelas de escarcha. No sé resolver tu acertijo, y nos urge entrar al Valle, no solo para escapar de nuestro perseguidor, sino porque es nuestro destino. Si estás de acuerdo, bella Prismal, te pagaré con un enigma del mundo de donde yo vengo.

—Pero, ¡qué bellos son! De acuerdo mi pequeño blanco, dilo.

—Esto dijo uno de la Homuna, uno que vivía en una caverna:

*un hombre que no es hombre
que ve y que no ve
ha herido y no ha herido
con una piedra que no es piedra
a un pájaro que no es pájaro
puesto sobre un árbol que no es árbol*

—Pero, ¡qué bello acertijo! ¡Ahora pasen, pasen rápido!

—Prismal —reclamó Tormund, rascándose la cabeza con la aleta, carcomida por la curiosidad—, ¿acaso no deseas que Bubu nos dé la respuesta?

—¡Oh, mi bella Verde! Amo las cosas que no tienen una única respuesta. No ves que si la conociera no sería divertido decírselo a otros hermosos extranjeros que me visitaran. Te imaginas cuánto dirán. Cualquiera podría tener una respuesta al acertijo y, como yo no sé la verdadera, cada uno tendría “la respuesta”, sin tenerla en realidad. Y esa sí que sería una respuesta, que cada uno tenga la respuesta, a su manera, sin tenerla. ¡Qué hermoso! No es cierto bella Verde. Seguro estás de acuerdo bella Colorde-luna. Nunca puede decirse con certeza ni sí ni no, ni lo uno ni lo otro, ni dejar de decir lo uno o lo otro. Ahora pasen. Ustedes son su única forma de entrar al Valle de la Hoguera Verde. Pasen, mis amigos. Pero, ¡qué bellos son!

—Bubu, Anlipa, ¿entendieron algo? Porque yo no comprendí ni un camarón.

—¿Qué importa no entender, Tormund? Grave sería no ver —contestó Anlipa—. Ahora entremos amiga. Y tú, Bubu, date prisa.

—Esperen —repuso Bubu—. No podemos abandonar a

Prismal. ¡Oh espléndida criatura! Imposible dejarte a merced del hombre de hielo. No sabemos qué sería capaz de hacerte.

—No te preocupes por mí —contestó Prismal, girando sobre sí hasta tener el tamaño de un trébol para luego tomar el de Bubu—. Sé lo que hago. Además, hay otro por quien deben darse la mayor prisa posible.

—“¡Zelea!” —pensó para sí Anlipa—. Entra Tormund —ordenó de inmediato la pajaropájara del atardecer—, no hay tiempo que perder. Bubu, ven de una vez. No te preocupes por Prismal. Aquel que tenga congelado el corazón, no resistirá jamás el canto del color, el canto de Prismal. Date prisa Bubu. ¡Entremos ya!

Prismal se convirtió en una enorme boca-gruta, por donde entraron, en el momento en que Antártico vencía la cúspide del monte y, lleno de furia, los retaba a pelear. Para nuestros amigos, una vez adentro, la melodía se hizo tan tenue como el rocío con que el tiempo teje todas las cosas. Pocas veces en sus vidas recordarían tanta paz.

—Pero, ¡oh qué bello eres! —fue lo último que le escucharon decir a Prismal cuando se dirigía a Antártico.

Para el hombre de hielo el canto del color sería su pérdida: primero un crujido, luego un estallido de cristales. Segundos después, aunque esto no lo sabrían nunca los tres viajeros, la piel del camino, inexorable, absorbía los trozos del hombre de hielo en medio de un espeso silencio. Prismal también desaparecía.

—Y así, Javier... —dijo Marta cerrando el libro—, termina la primera parte de La Hoguera Verde. ¿Qué te parece si nos vamos a jugar al parque?

Javier dio vueltas de carnera sobre los almohadones y dio un “yupi” lleno de carcajadas que iluminó la casa de ladrillos amarillos.

—¿Qué pasa ahí arriba? —preguntó el padre de Marta,

desde la cocina—.

—Nada papi, que vamos a ir a jugar al parque—respondió a niña, levantándose—. Vamos Javi —pero Javier se sentó poniendo su cuaderno de dibujo a la espalda.

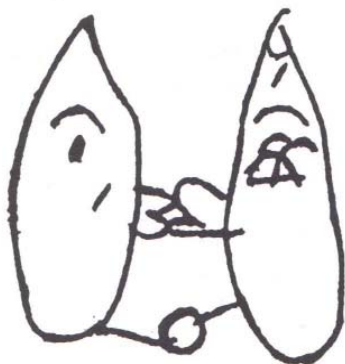
—Antes, ¿quierés que te enseñe?

—¿Qué cosa?

—¡Ah, no! ¡Mejor no!

—Javi, entonces para qué me decís. No seás así. ¿Qué es lo que no vas a enseñarme?

—Que..., estos somos nosotros:



Zelea, hijo del volcán

*Era un punto resplandeciente en la inmensidad del espacio.
Llevaba una espiga de fuego sobre la frente, y en los ojos el más hambriento pájaro de la noche.*

Zelea, el hijo del volcán, descubrió el robo de Anlipa un día después de que Bubu y Tormund se la llevaran. Sacó al ave entre sus dedos, para darle de comer; entonces, la pajaropájara del atardecer que Bubu había hecho con la savia del árbol que canta, se derritió en segundos. El viento mecía la cabellera y barba de Zelea que, ensortijadas y abundantes como filamentos de viejo carbón, le cubrían el gris cuerpo.

Ante el robo de Anlipa Zelea no sintió rabia ni deseos de venganza. Mucho peor: Zelea no sintió nada. Se quedó como un ciego frente al mar. Su vida no había sido más que un acumular de nada, como la playa de aquella isla negra en forma de ojo, un montón de arena. Sí, eso había sido él: la arena que había majado durante años. Una soledad ignorada por muchísimo tiempo, estalló en lo más hondo de su pecho. Zelea lloró filamentos de carbón que al caer se convirtieron en diamantes negros.

—Y ahora, ¿qué hago? —reflexionó el hijo del volcán—. ¿Quién soy realmente? ¿De dónde vengo? ¿Cuáles son mis raíces? ¿Qué he estado haciendo durante todos estos años? ¿A dónde ir? ¿Qué hago dentro de mí?

Zelea se sentía lleno de nada, ni siquiera de silencio.

—Soy un barco de nieblas —se decía—, soplo y soplo estas velas de ser que no se hinchan.

El hijo del volcán cayó de rodillas arracándose los cabellos y las barbas; una voz de cuchillos resonaba en su interior:

—¿Qué haces dentro de ti? ¿Qué haces dentro de ti?

Zelea no supo qué contestar. Sin embargo, sabía que sus preguntas y sus respuestas estaban ineludiblemente relacionadas con Anlipa, la pajaropájara del atardecer.

Terminó de llorar en silencio hasta muy entrada la noche cuando, exhausto, se quedó dormido. Al despertar supo que perseguir a

Anlipa era inevitable. Zelea se incorporó de un salto. Las primeras luces caían sobre su cuerpo de ceniza. El hijo del volcán tensó las manos y entornó los ojos hacia adentro. Perlas de sudor frío comenzaron a recorrerle la frente y los pómulos.

Cuando la tensión era casi insoportable, Zelea se sacó los ojos y vertió sobre ellos su aliento de fuego. Los ojos se retorcieron y alargaron, como serpientes negras, se arrollaron sobre sí hasta convertirse en huevecillos de ébano. De ellos brotaron unos ojospájaro.

—Bien mis pequeños —se dijo Zelea mientras los acariciaba entre las palmas y se veía a sí mismo—. Ahora vayan, busquen a Anlipa, la pajaropájara del atardecer —y los lanzó al espacio como dardos rabiosos.

El hijo del volcán cayó sobre la arena mientras sus ojos cortaban el espacio que solo una vez se había atrevido a cruzar. En medio de la arena algo inexplicable brotaba de su ser; no era la posibilidad, otra vez, de tomar prisionera a Anlipa; no era la aventura; era el miedo de abandonar la isla.

Los ojospájaro, por su parte, cruzaban con gran rapidez el interminable batir del mar, las montañas de verde piel, otras bañadas por la nieve, los acantilados, el silencio de los valles. A veces, se topaban con bandadas de aves, animales salvajes, el trajinar de peces, de barcos, el ir y venir de los humanos en las islas lejanas, sus ciudades, sus puertos.

—Esos son sitios que no quisiera visitar—, pensaba Zelea, mientras se acostaba sobre la arena de su hogar.

Los ojospájaro trazaban círculos, cada vez más grandes, alrededor de Zelea, en una búsqueda frenética hasta que, una noche, divisaron un misterioso anillo de fuego en constante movimiento.

—Con fuerza mis ojospájaro —se daba ánimo Zelea, apretando los puños—, crucen ese anillo a toda velocidad—. Tengo la corazonada de que esta vez hallaremos algo.

Poco antes del alba, los ojospájaro entraron en la región de los hombres y mujeres río. En la ciudad no se veía un alma.

—Más allá mis pequeños —ordenaba Zelea, dando tumbos al tratar de caminar sobre la playa—, hacia aquella mancha de luz que sube la colina. ¡Hum, hace frío! Hacia ese hombre de hielo. Arriba, que no se entere de nuestra presencia. Así, muy bien. Un momento, hacia aquel risco. Rápido mis cuervos de humo, hacia la cima. ¡Ahí está!, es Anlipa, la pajaropájara del atardecer. Pero, ¿qué es eso? La acompañan un humano, una tortuga y se dirigen hacia... No puede ser... ¡Sí! No hay duda. Están entrando en esa boca carmesí. Cuidado. No se delaten. Sobre ese peñasco. Pero, ¿qué pasa? ¿Cómo es posible? Han desaparecido. Se marcharon a través de la boca carmesí. Izquierdo, mira hacia atrás. Cuidado. Ahí viene el hombre de hielo. Arriba. No, esperen, empequeñezcanse. Sean una gota robada de la noche. Rápido, háganse uno con los ojos del hombre de hielo. Quizás también vaya a pasar por la boca carmesí. Con suerte averigüemos cómo seguir a Anlipa y sus acompañantes.

Todas las fibras del correoso cuerpo de Zelea se estremecieron al encontrarse frente a aquella boca carmesí. Desde que había hecho prisionera a Anlipa no hablaba con nadie. Esta, y como represalia a su rapto, no le dirigía la palabra. El tiempo se le hizo escarcha en la boca.

Zelea, recordaba como si fuera ayer, cuando joven e impulsivo en seguir los designios de su padre volcánico, buscó con sus ojospájara a Anlipa. Hurgó en todo el planeta hasta localizarla en la región polar. Era la última de las hijas de los Arco iris. Dentro de un huevo de luz fría, Anlipa permanecía resguardada de todo y de todos. Muchas dificultades tuvo que vencer Zelea para adueñarse de la pajaropájara del atardecer.

—Reclamo el derecho a restablecer el reino de mi padre el volcán —había dicho Zelea a los cuatro vientos, mientras sacaba a Anlipa del cascarón.

—Tú, tú no conseguirás ningún pasado conmigo —le advirtió Anlipa con fiereza, pero sin fuerzas para poder escapar.

Te advierto extranjero: si me llevas contigo pasarás mucho tiempo en la más completa soledad. Te vaciarás, lenta, pero inexorablemente.

El hijo del volcán no reparó en las amenazas y se llevó a Anlipa, quien nunca más volvió a hablarle. Sus deseos de venganza, que lo condujeron fundar de nuevo el reino de su padre volcánico, se desvanecieron conforme pasaban los años y cambiaban las razas sobre el planeta. Ni cuando aparecieron los humanos Zelea estableció comunicación. No le gustaron para nada: demasiado ruidosos y voraces. Nunca pudo entender ni aceptar que los humanos hicieran desaparecer el mamut y los rinocerontes lanudos, el bisonte estepario, el asno salvaje, o el alce y las tortugas gigantes, sus preferidas... ¡No!, a Zelea no le gustaban los humanos para nada. Por eso no hubo nada mejor que dedicarse a buscar peces para Anlipa y para él, y vigilar en silencio el horizonte. Así, con el paso de los años, 30 mil para ser exactos, Zelea había echado en el olvido la antigua leyenda de su padre volcánico. La rutina lo había minado gota a gota. “Lenta e inexorablemente”, como le advirtiera Anlipa.

Ahora, a través de sus ojospájaro dentro de los de Antártico, Zelea veía cómo el hombre de hielo ganaba la cima del risco y retaba a pelear a Bubu, Tormund y Anlipa, quienes desaparecían dentro de Prismal, la boca carmesí.

—Esperen —espetaba Antártico—. ¡No huyan. Regresen y peleen conmigo! ¡No huyan cobardes. Regresen!

Zelea sentía cómo el canto del color de Prismal empezaba a agrietar al hombre de hielo:

—¡Oh, qué bello eres! —le escuchó decir a Prismal.

Después, conforme el canto del color era más intenso, sobrevino un choque de cristales, un estallido. La piel del camino engulló los trozos de hielo de Antártico...

Si no es porque el instinto de Zelea le hizo sacar sus ojospájaro, los habría perdido en medio del estallido de cristales

en que se convirtiera Antártico. De inmediato, el hijo del volcán ordenó a sus ojospájaro que regresaran. Ahora sabía dónde encontrar a Anlipa. Sin embargo, era el encuentro con Prismal, la boca carmesí, lo que más deseaba.

Horas más tarde los ojospájaro regresaron a sus cuencas. Zelea supo que era el momento de abrir la tablilla legada a él por su padre. La llevaba a la altura del corazón, en una funda de lava cristalizada. El hijo del volcán leyó:

¡Oh padre-magma! ¡Oh huevo ígneo!
Fuerzas primigenias del océano,
¡Despierten mi alma de guerrero,
acrisólenme en el poder del fuego!
¡Fuerzas elementales, acudan a mí!

Una voz salió de la tablilla, retumbando, ante el conjuro dicho por Zelea:

¡Despierta! ¡Despierta!
Oh durmiente del país de las sombras.
¡Despierta! ¡Expándete!
Yo estoy en ti y tú estás en mí, un mutuo amor.
Fibras de amor que van de uno a otro.
¡Mira! somos UNO.

Un remolino de mar, viento, y fuego, comenzó a ebullición y sacudir la isla hasta producir una explosión. En medio del vapor salía la figura resplandeciente de un hombre de ébano, bruñido como el cristal. Zelea se había transmutado y nada ni nadie le haría dar marcha atrás en la búsqueda de su destino.

—Todo centro de todo. Todo a orilla de todo —repetía Zelea, al tiempo que fundía las arenas de la isla negra, formando una nave de fuego laminado en la que, al contacto con el mar, se deslizaba como una mecha encendida.

Al dejar para siempre aquellos territorios, Zelea era un punto resplandeciente en la inmensidad del espacio. Llevaba una espiga de fuego sobre la frente, y en los ojos el más hambriento

pájaro de la noche.

Hacia el anochecer llegó a un estrecho rodeado por enormes acantilados. Filosos salientes, como colmillos de piedra, amenazaban el paso. Zelea entró a la región del Anillo de Fuego de los peces ígneos. El hijo del volcán disminuyó la velocidad de su nave de fuego laminado, absorbiendo calor con sus manos. Al pasar por el centro del Anillo, los feroces peces ígneos se abalanzaron sobre Zelea y su nave. Al tocarlo los peces se fundían, convirtiendo al Anillo de Fuego en un estanque de chispas. El hijo del volcán sentía el eterno girar de la vida, a través de los recuerdos que los peces ígneos habían acumulado durante años.

—*Miro la brecha y reparo... Parece que me alejo regresando... Afuera queda mi adentro más lejano* —La nave seguía la ruta del estrecho. Se sentía como un árbol creciéndose por dentro.

Al amanecer, desembarcó en la región de los hombres y mujeres río. Antes de tomar rumbo a la montaña donde sus ojos-pájaro descubrieran a Prismal, la boca carmesí, Zelea absorbió todo el calor de su nave hasta convertirla en un puñado de arena. Apenas había caminado unos cuantos metros cuando unos vigías daban la alarma general, tocando flautas de agua hechas con cañamos marinos. Zelea, de pronto, estuvo rodeado por la tribu de los hombres y mujeres río. Todos esperaban que su Rey, quien despedía apresurado a dos hermosas doncellas río de la Gran Concha Real, enfrentara al extraño.

—¿Y tú quién eres? —vociferó el Monarca al llegar, en tanto que se acomodaba el traje.

Zelea no respondió, maravillado ante la belleza de los hombres y mujeres río. Sus cuerpos era recorridos incesantemente por gotas de aguas multicoloras. Aguafuego, movimientoquietud, vidamuerte, aparecían como un chispazo en el corazón del hijo del volcán. Su propio cuerpo experimentaba cómo el fuego negro y brillante que lo constituía comenzaba a fluir a la manera de los hombres y mujeres río.

—He dicho que ¿quién eres, extranjero? —chilló el Rey.

—¿Yo? —balbuceó Zelea con torpeza—. En... realidad...

no... sé... muy bien. Y... ustedes... ¿quién... quiénes... son?

—La tribu de los hombres y mujeres río —explicó el Rey, mientras daba vueltas alrededor de Zelea—. ¡Vaya, vaya! Pareces uno de nosotros, pero tu color y calor es distinto. ¡Qué extraño! Nunca supe que existiera un hombre río de la región de la noche líquida.

—En realidad... no... —intentó responder Zelea.

—¿Cómo? Te atreves a contradecir públicamente a tu Rey y Guía. Si yo digo que eres de la región de la noche líquida, entonces lo eres.

—Tú no eres... mi rey. Nadie... es mi rey. Soy Zelea, el hijo del volcán. Y me molesta mucho que mis primeras... palabras sean para ti, yo esperaba mejor destino... para ellas, esperaba hablar primero con la gran boca carmesí —y Zelea señaló hacia la montaña.

El Rey de los hombres y mujeres río recordó de inmediato a Bubu, Tormund y Anlipa, y cómo habían escapado hacia el Valle del cual nadie había regresado. El recuerdo lo enfureció. Lo único que lamentaba era que Antártico también hubiera desaparecido.

—¡Pero, un momento! —se dijo dando un salto hacia atrás—. Esto debe ser un truco de Talem.

El Rey giró sobre sí, salpicando a todos. En su mirada se veía un miedo azul, mientras ordenaba:

—¡Guardias Imperiales! ¡Venid de inmediato y arrestad al extraño! ¡Arrestad a Talem! ¡Arrestad a Talem!

Al oír Talem, la tribu entera tembló y se protegió detrás del Rey. Los guardias imperiales, desenvainando sus espadas de arena con empuñaduras de agua, formaron flancos para resguardar al monarca mientras amenazaban a Zelea.

—No soy Talem, he dicho que mi nombre es... Zelea, el hijo del volcán. Apártense, quiero subir hacia aquella colina.

—Eso crees, Talem. Guardias, apresadlo.

Los guardias rodearon a Zelea.

—Está bien, si quieres que sea Talem, lo seré —concedió Zelea.

El hijo del volcán sentía, por primera vez, surgir la furia primitiva, como la de los peces ígneos. “Si quieres pelea, la tendrás”, se dijo. Dos guardias se le abalanzaron.

—Todo centro de todo, todo a orilla de todo —continuó Zelea, poniendo los brazos en cruz sobre el pecho y cerrando los ojos.

Al tocarlo, los guardias se evaporaron. Otros blandieron sus espadas de arena sobre Zelea, pero estas se convirtieron en cristales hirvientes que fueron a incrustarse entre las patas de unas bestias marinas, mezcla de caballos y camellos, que los hombres y mujeres río tenían abrevando a pocos metros de la playa.

Las bestias se asustaron y salieron en todas direcciones. Al contacto con el agua, las patas de algunas de estas bestias se transformaron en duros cristales. Este fenómeno haría que, tiempo después, se formara una especie con las patas de roca cristalina. Por considerarlos marcados por el mal, la nueva especie sería perseguida. No obstante, según las leyendas de los hombres y mujeres río, los sobrevivientes se convertirían en el medio para que los hombres y mujeres río rebeldes consiguieran marcharse hacia el Valle de la Hoguera Verde, en busca de Talem.

Varios guardias más se evaporarían antes de que el Rey diera la orden de detenerse. El silencio se adueñó del lugar. Zelea, aún con los ojos cerrados, sentía los cuerpos de los hombres y mujeres río corriéndole en su interior. Al abrir los ojos de nuevo, palabras que en ese momento no comprendió, brotaron de su boca estremeciendo la comarca:

—¡Tribu de los hombres y mujeres río! Quede escrito para ustedes, y sus hijos, y los hijos de sus hijos, que yo, Talem, así llamado por el Rey de ustedes, los condeno a que cada uno pueda hacer su propio destino; que cada uno, si quiere y lucha por ello, pueda ser rey sin siervo. Y ahora, déjenme pasar.

Un silencio pegajoso se apoderó del lugar. Zelea meditaba, sorprendido por las palabras que había pronunciado. Sintió un ligero mareo.

—¡Oh señor! —interrumpió el Rey al arrodillarse—. ¡Oh Talem! ¡No me evaporéis, os lo suplico, dejadme vivir, no toméis venganza en mí!

—Puedes estar tranquilo —dijo Zelea—. Eres tu propia condena. Tú has hecho realidad a Talem, el rebelde. Sobre ti pesará, desde el final de los días hasta el principio del mundo, el haberme dado este nombre. Quedar expuesto ante ti mismo y tus semejantes es tu propio castigo. Ahora apártate y déjame pasar.

La tribu entera se hizo a un lado. Llenos de pánico, la mayoría ni siquiera se atrevió a mirar por última vez a quien creían Talem, el rebelde.

El hijo del volcán abandonó en silencio la región de los hombres y mujeres río. Iba a paso lento hacia la colina donde había visto a Primal, la boca carmesí. Meditaba en los cambios internos que había sufrido desde que salió en busca de Anlipa. Al pie de la colina, un pesado cansancio se apoderó de Zelea, obligándolo a descansar debajo de unos arbustos. Mientras una extraña canción surgía de su interior, el hijo del volcán se durmió:

*Casi casi nada me resulta pasajero,
todo pende de mis sueños,
y se acopla en mi espalda y así subo,
voy tranquilo a la colina de la vida...
Tengo de todo para ver y creer,
para odiar o no creer,
y muchas veces me encuentro solitario,
llorando en el umbral de la vida.
Busco hacer pie en el mundo al revés,
busco algún buen amigo,
para que no me atrapen algún día,
temiendo hallarla muerta, a la vida.*

La noche apenas abría los ojos cuando Zelea despertó. Al incorporarse y comenzar a subir la colina, la melodía se evaporó de su memoria. Pronto llegó a la cima pero la boca carmesí

no estaba. El hijo del volcán se sentó sobre una gran roca que daba al acantilado. Una trebolillo carmesí, en medio de las rocas, parecía ser su única compañía. La melodía comenzó a brotarle, de nuevo, desde lo profundo, al tiempo que aparecía desde las rocas, el aire mismo. De pronto, el trebolillo se abrió y creció hasta convertirse en la boca carmesí.

—Mi nombre es Prismal, ¡Oh, Ébano! Pero, ¡qué bello eres!, extranjero que tan gentilmente visitas a la hermosa y solitaria Prismal. Bienvenida seas, espléndida criatura.

Zelea no pudo decir una palabra. Tanto había deseado este momento y ahora no sabía qué decir.

—¿Qué sucede Ébano? —dijo Prismal, girando sobre sí hasta convertirse en un ramillete de bocas carmesí—. ¿Acaso no tienes lengua, o no es de tu agrado la presencia de Prismal?

—Yo... Este... La verdad, no sé qué decirle. Desde que mis ojospájaro la vieran usted, bella Prismal, en compañía de Anlipa, el hombre de hielo, el humano y la tortuga, no he querido más que estar ante su presencia y hablarle.

—¡Vaya, vaya! De modo que conoces a Colordelluvia, a Verde, a Blanco y al pobre hombre de hielo. ¿Cómo? ¿Los persigues acaso? —inquirió Prismal y creció como un árbol—. ¿Eres de la raza de los corazones de hielo? ¿También deseas entrar al Valle de la Hoguera Verde?

—No, no pertenezco a tal raza. Soy Zelea, el hijo del volcán. Supongo que sí quiero entrar a ese valle, de encontrarse allí Anlipa, “Colordelluvia”, como le llama. Pero, la verdad no estoy seguro.

Zelea confesó que Anlipa había sido su prisionera durante muchos años hasta que hacía unos días desapareciera.

—Después de mucho buscar pude ver que Anlipa entró en usted, junto con el humano y la tortuga, a quienes no conozco. Entonces supe que fueron ellos quienes se la llevaron.

El hijo del volcán explicó que él era el llamado a restablecer el reino de su padre, y que esto sólo lo conseguiría a través de Anlipa.

—Por eso la persigo... —Un ligero rubor recorrió las brillantes y negras mejillas del hijo del volcán— ...Pero, al verla a usted hablar con el hombre de hielo y, como yo había pasado demasiado tiempo sin hablar con nadie, me dije: debo llegar hasta la boca carmesí, tengo que hablar con ella. Pero ya ve, ahora estoy frente a usted, y no sé qué decir.

—Tal vez mucho, poco, quizás nada —respondió Prismal mientras tomaba el tamaño del hijo del volcán—. Tal vez, ante una boca lo que se debe hacer es escuchar lo que tenga que decir o, quizás, oír cómo calla lo que tiene que callar. ¿No crees?

Prismal dio un par de vueltas alrededor de Zelea.

—Pero Ébano, ¡qué bello eres! Por cierto, ¿te gustó mi canción? La que te obsequé antes de que subieras la colina, cuando dormías:

*casi casi nada me resulta pasajero
todo pende de mis sueños...*

Prismal cantaba formando un pequeño torbellino con su voz, al tiempo que cambiaba de tamaño. Zelea se mareó, cayendo de rodillas. Con la melodía de Prismal en su mente apareció, como un fogonazo carmesí, la impresión de que él mismo era la colina de Prismal, donde otro Zelea caminaba dentro de sí, en busca del Valle de la Hoguera Verde, al tiempo que este Zelea era otra colina donde otro Zelea caminaba...

El hijo del volcán sintió que la canción se le atravesaba en la garganta como una serpiente. Prismal se detuvo.

—Cuando se llevaron a Anlipa me di cuenta de que no era nadie —balbuceó Zelea, incorporándose con lentitud—. Sin embargo, desde que salí en su búsqueda las cosas han cambiado, he comenzado a ser algo.

La duda aguijoneaba el pecho de Zelea: ¿debía olvidar a Anlipa?, ¿tenía de buscarla para que lo perdonara por haberla hecho su prisionera? ¿Y su herencia y designio de restablecer el reino de su padre volcánico.

—¡Oh, pobre y bello Ébano! —interrumpió Prismal con suavidad, viendo al interior de Zelea como nadie, ni él mismo, podría hacerlo—. No te das cuenta que no puedes elegir darle o no darle libertad a Anlipa, si no la ves de nuevo, si no está contigo. Toma en cuenta que siempre has creído que Anlipa y tú eran prisionera y carcelero, víctima y victimario.

—Entonces, ¿debo ir al Valle de la Hoguera Verde? —dijo Zelea y un fulgor pareció salir de todo su negro cuerpo.

—Debes enfrentar la única posibilidad real de encontrar tus propias respuestas: tú mismo —añadió Prismal, creciendo hasta duplicar el tamaño de Zelea—. Pero solo podrás hacerlo estando frente a frente con Anlipa. Entra pues, querido Ébano. Asímate a la gran fuerza de creer en ti mismo. Entra entonces, bello Ébano, entra al Valle de la Hoguera Verde.

La melodía de Prismal, brotó primero con fuerza, para luego hacerse tan tenue como el rocío con que el tiempo urde las cosas. Prismal se convirtió en una enorme boca—gruta, y engulló a Zelea.

—¡Oh qué bello eres! —fue lo último que le escuchó decir a la boca carmesí. Después fue el color de su canto, el silencio del camino, absorbiendo sus antiguos recuerdos.

En la Gruta, Zelea se sintió un mar viscoso y gris. Era una hojuela de niebla en medio de sí mismo. De pronto, el mar parpadeó. En ese el instante creyó ver, en una playa de gránulos rojos, a una gigantesca ave de arena que perseguía al humano que llevaba a Anlipa apretada contra su corazón, mientras chillaba:

—Soy un puñado de sueños, de tus sueños..., ...soy un puñado de sueños, de tus sueños...

Después llegó la oscuridad total. En todo su ser, brotaba una de las preguntas que él mismo se hiciera al comenzar la aventura de perseguir a Anlipa. Zelea, ahora mar y pregunta, iba y venía como la marea misma:

—¿Qué haces, hago, dentro de ti, de mí? ¿Qué haces dentro de mí? ¿Qué hago dentro de ti?

La Gruta del Tiempo

Bubu sintió que se despojaba de sí mismo para ser Tormund y Anlipa. Después, tuvo la sensación de que la tortuga y el ave eran él. Crecía y se hacía un punto en el espacio y en la vida. Se empequeñecía y era el universo.

Marta y Javier jugaban en el parque cuando los sorprendió la noche. Un baño caliente los reconfortó, cenaron y las cobijas hicieron lo suyo. Durmieron hasta muy entrada la mañana. De nuevo un baño, almorzar, ir al parque, para en la tarde subir a jugar a leer La Hoguera Verde.

—Quedamos en que Prismal se los estaba comiendo... —dijo Javier, tirándose entre los almohadones.

—Dejá ver —contestó Marta—, aquí está.

En lo alto del risco, perseguidos por Antártico, Bubu, Tormund y Anlipa entraban en Prismal, que se abría como una fruta madura a los pájaros de sol de la mañana. Adentro de la boca carmesí enfrentarían la Gruta del Tiempo, mucho antes de que Zelea viajara a través de Prismal.

—Marta —interrumpió Javier al tomar las crayolas—, ¿Zelea va a entrar también en Prismal?

—Me parece —indicó Marta, sentándose como una apache.

—¿Cuándo?

—No sé..., ¡leamos!

Aturdidos aún por lo sucedido con Antártico, el hombre de hielo, los tres se hallaron en medio de una caverna húmeda donde se deslizaban sin necesidad de dar ningún paso. Era como

estar parado en una nube. La oscuridad era total.

—¿Sabe alguien dónde estamos?— dijo Bubu, reverberando.

De pronto, una columna de chispas estalló frente ellos, transformándose de inmediato en una pared cóncava de movimiento ondulatorio. El movimiento hacía que estuvieran frente a la pared de chispas, en el fondo, al mismo tiempo que en el medio. Instantes después, la pared se solidificó formando una caverna milenaria. De sus paredes surgían unos misteriosos grabados.

—¿De dónde salió todo eso que flota allí... aquí... allá? Por los caracoles de mi abuela, ya no sé ni dónde es dónde —se le escuchó decir a Tormund desde todos lados.

—Esto... ¡esto no puede ser! —Bubu temblaba—. Esas inscripciones son las primeras pinturas hechas por la Homuna. Eran tiempos donde, para sobrevivir, había que adueñarse de la charca más cercana, cuando el hombre era solo semilla. Este bisonte grabado en la piedra, esa fogata, la danza alrededor del alimento.

La imágenes salían de la mente de Bubu, sucediéndose con rapidez. Trasladarse a través de Prismal era pasar por el vientre del tiempo, pero ellos lo ignoraban. En aquella gruta, el tiempo no discurría, se hacía espacio, aprisionado en su propio círculo. Puntas de piedra, la lucha por agua, la carne animal chirriando al fuego, mazazos desesperados, los primeros desahogos guturales, herían la mente de Bubu.

—¿Qué es esto? —agregó Bubu, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué sucede? Me siento parte de esas pinturas. Soy la caverna, las flechas, los silencios rotos. Soy hambre, frío, animal, muerte, grito, grito, grito... entre las miles de criaturas que vagan.

Bubu se sentía una flama diminuta. El murmullo de su piel era la llamada que lo unía con el principio de la cadena, el primer respiro, el primer paso, el primer asombro. Junto a Tormund y a Anlipa estaban, hacían, tragaban, eran el caleidoscopio.

—Bubu —intervino Tormund, con una voz que de

pronto se hacía grave, y de pronto era como un chillido—, no sólo nunca te había escuchado semejantes cosas, sino que esprimera vez que te veo...siento...escucho de esta manera. ¿Estás bien?

—No interrumpas —le indicó Anlipa al oído de Tormund.

Pero Bubu continuó en silencio, y comenzó a girar sobre su cintura, formando un círculo de reflejos multicolores. Para Bubu, el pasado siempre había sido una cadena atándolo a la nada. Sin embargo, ahora comenzaba a entender que también podía ser una fogata que se atiza en la memoria, para recuperar lo que fue, lo que había perdido. El pasado, ciego, sordo y mudo, se convertía y lo transformaba en prisión. Pero, encendido, con la piel, los ojos, los oídos de la memoria, podía convertirse en raíz.

Bubu se detuvo con suavidad, tenía los ojos desorbitados.

—La verdad amigos —susurró para sí Tormund, sintiendo que ella y Anlipa eran del tamaño de una naranja—, no entiendo un hipocampo.

Un grito opaco cruzó la Gruta dejando una estela roja. Dos palomas negras salieron desde la columna de chispas. De inmediato, los picos se desprendieron de sus cuerpos, convirtiéndose al caer en los colmillos de un jaguar de piedra que rugió por un instante, estremeció la Gruta del Tiempo y desapareció.

Al tocar el suelo, los colmillos se transformaron en tambores sobre los que se abalanzaron los cuerpos sin pico de las palomas, convertidas para entonces en manos negras.

La música hacía cortinas de luz multicoloras. De allí salían hombres y mujeres del color de la miel de las abejas. Todos iban a bailar alrededor de una fogata de maíz, formada por el golpeteo contra los tambores. La música se convertía, contra el fondo de la caverna, en imágenes de carabelas, caballos, fogonazos de cañones, espadas rojas en manos de soldados con cuerpos de metal que partían en pedazos a los hombres y mujeres que danzaban. Brazos negros, amarillos, blancos, rojos, salían de la fogata de maíz. Todos querían agarrarse de Bubu. Al intentar

tocarlo se convertían en barro.

Un grito estremeció la Gruta del Tiempo. Uno de los hombres de metal y espada roja, blanco y barbado, se apoderó de una de las mujeres de miel. La abrazaba como un tizón ardiendo, para luego marcharse contra la oscuridad de la caverna. Los demás también desaparecían, menos la mujer. Instantes después, paría a otra mujer idéntica a sí misma, y se transformaba de inmediato en una estatua de sal, que el viento hacía desaparecer con rapidez.

La mujer parida llevaba un penacho de plumas. Se recostaba sobre un brazo de cobre, el otro era de algodón. Sus pechos verdes se erguían goteando leche negra. Las gotas se convertían al caer en pájaros de todas las especies. La delgada cintura, del color del cacao, contrastaba con sus anchas caderas tatuadas con manigordos y serpientes. En el vientre, una pequeña fogata de maíz ardía. Las piernas de la mujer eran largas y del color del vino tinto. Sus pies de escarcha le impedían sostener su peso. La mujer miró a Bubu, y éste sintió una marejada de miradas.

—Soy Agril —dijo sin mover los labios de rubí—. Soy tu madre y soy tu hija. Soy tu amante y soy tu muerte. Soy tu tierra: tu pasado y tu futuro. Soy tú mismo.

Tormund, Anlipa y Bubu miraron cómo Agril estalló en carcajadas plateadas que la bañaron y transformaron en una mujer de espuma. Agril se arrolló sobre sí misma y comenzó a brillar hasta convertirse en una bola de luz que contrastaba con la noche profunda de la Gruta del Tiempo.

—Anlipa, Tormund, ¿dónde están? —balbuceó Bubu—. Miren, Agril cae por mis brazos, gotas de luna chorrean por mi piel hacia el vacío. No siento mi cuerpo... pero soy yo. El resplandor me ciega. Siento que todo gira, desde lo más grande hasta lo más pequeño.

Sin poder decirlo, Bubu experimentaba cómo su cuerpo era un universo donde giraban sus propias lunas, soles y planetas; que todo era pensamientos, energía moviéndose; que estaba en todo momento y espacio.

—Tormund, Anlipa —se dijo Bubu—, ¿dónde están?

—A tu lado Bubu —pensaron las dos al unísono.

Antes de salir para siempre de la Gruta del Tiempo, descubrieron que en cada paso el universo se abría y se cerraba en todas direcciones; ellos mismos eran puntos de luz palpitante, burbujas, gránulos que atrapaban un instante de tiempo.

La Gruta era un torbellino de palabras, imágenes y sensaciones. Los límites, las fronteras de la mente se rompieron. Bubu sintió que se despojaba de sí mismo para ser Tormund y Anlipa. Después, tuvo la sensación de que la tortuga y el ave eran él. Crecía y se hacía un punto en el espacio y en la vida. Se empequeñecía y era el universo.

Moro, memoria del mar

Soy un puñado de sueños a quien el mar robó los huevecillos... Se lo advertí, juro que se lo advertí... Pero, no me hizo caso. Dijo que el mar no tiene memoria. Yo sí... por eso aquí me ves, con mi propio pico secando al mar gota a gota.

Bubu, Tormund y Anlipa, flotaron a través de la misma melodía que antes le oyeran a Prismal. La música les devolvía, poco a poco, sus formas de hombre, tortuga, y ave. Al cabo apareció un círculo enceguecedor. Era la salida, un acantilado de luz.

Emergieron de la Gruta como un escupitajo de la garganta del tiempo, yendo a parar a una catarata de hilos de cristal que los arrastró hacia una enorme mota de vapor y luz blanca. Aquí moría la catarata, separándose en dos riachuelos: uno verde, profundo y tranquilo; otro caudaloso, violento y azul.

—Tormund, Anlipa, ¿se encuentran bien? —alcanzó a decir Bubu, al salir de la Gruta.

Pero ni la tortuga verde, ni la pajaropájara del atardecer le escucharon. Tormund salió primero. Pasó con suavidad a través de la mota blanca, y se dirigió hacia el riachuelo verde. La mota se transformó, por instantes, en una piedra de hielo que recibió a Anlipa, hiriéndola. El ave perdió el conocimiento y cayó en la corriente azul. La piedra de hielo, de nuevo, se convirtió en la mota blanca. Bubu apenas tuvo tiempo para arrebatarse a Anlipa de la muerte azul del riachuelo, sin poder evitar que fueran arrastrados hacia lo desconocido, lejos de Tormund.

La vieja tortuga, ajena a lo que les ocurriera, se dejó llevar en un principio, por las verdes y mansas aguas. Después, al ver que sus amigos no aparecían, intentó remontar la corriente, pero, por cada aletazo que daba, el riachuelo oponía idéntica resistencia, sin alterar para nada su serenidad. Por fin, cansada, Tormund se dejó arrastrar hacia aventuras que nadie conocerá jamás.

Bubu, por su parte, sostenía a Anlipa mientras luchaba por mantenerse a flote en la corriente.

—Anlipa, Anlipa —balbuceó desesperado—. ¡Ay, estás herida!

De la entrecala del corazón del ave brotaba un chorro de finísimos cristales.

—¡Maldita sea, todo es culpa mía! —Bubu escupía espuma azul—. Si no me hubiera empeñado en averiguar la respuesta a la maldita pregunta: ¿para dónde voy? ¡Ay, Tormund! Querida y vieja amiga, ¿dónde estás? Ojalá te encuentres bien.

La pregunta le quemaba las entrañas a Bubu.

—Pero no puedo darme por vencido. Por lo menos debo salvar a Anlipa. ¡Ay Tormund!, que tu recuerdo no me abandone.

—Ves Marta —interrumpió Javier, sentándose de un salto—. Te lo advertí. Ahora nuestros amigos están perdidos y en peligro por culpa tuya y de esas preguntas que lanzaste al mar de Bubu y Tormund.

—No es culpa mía —reclamó Marta—. Puede ser que aborrita todo se arregle. Además, si en algún momento Bubu y nuestros amigos están en peligro mortal, cerramos el libro y ya está. Asunto arreglado.

—Bueno, pero ¿qué le habrá pasado a Tormund?

—Quien sabe —indicó Marta más tranquila—. Ojalá que no sea nada malo.

—Entonces —respondió Javier—, tenemos que continuar con la historia y ayudar a nuestros amigos.

—Sí, no podemos dejarlos abandonados—, Marta abrazó a Javier entre los almohadones, y continuó leyendo la Hoguera Verde.

Conforme avanzaba, la corriente azul formaba un tobogán entre los filosos salientes hechos de un barro amarillo tan duro como el acero. Luego de la última vuelta, la corriente dis-

minuía su fuerza y caudal, depositando a Bubu y a Anlipa en una playa de unos finísimos gránulos rojos que, al pisarlos, exhalaban unos leves chillidos. Mientras se sacudía, Bubu observó cómo la corriente azul se adelgazaba hasta convertirse en un hilo que desembocaba en un mar viscoso y gris. La desembocadura estaba rodeada por altos y filosos farallones de barro amarillo. Devolverse por el riachuelo azul resultaba imposible. El único camino era la roja playa.

La mañana se despedazó, mientras Bubu avanzaba, cargando a Anlipa, sin dejar de estremecerse al oír los chillidos de los gránulos rojos. Estos contrastaban con el pesado silencio, que el mar viscoso y gris producía al sacudir la playa. De pronto, al superar un recodo, Bubu se encontró con un ave de arena y pico de sal.

Bubu se detuvo. Anlipa seguía inconsciente pero al menos su herida se había cerrado. No podía devolverse, no sabía dónde se encontraba y, mucho menos, conocía la ruta para salir de aquel lugar. La única posibilidad de salida se divisaba detrás de la criatura, la esperanzadora silueta de un verde camino de árboles. No había más remedio que cruzarse con aquella criatura. Bubu se dirigió hacia al ave de arena y pico de sal, tratando de no hacer ningún ruido para no delatarse, pero los chillidos de los gránulos rojos acuchillaban el espeso silencio de la playa. Al caminar hacia el ave, Bubu observó que metía su pico entre las salpicaduras de las olas, robaba una gota y la depositaba en la orilla.

—¿Cómo? ¿Es posible? —chilló el ave al oír el lamento de la playa—. ¿Es que aún existen temerarios o suicidas que transiten estos territorios? ¿Quién es y qué quiere?

—Mi nombre es Bubu —respondió extrañado, pero listo para cualquier cosa—, y traigo conmigo a Anlipa, la pajaropájara del atardecer. Ella está herida y necesitamos...

—¿Bubu? ¿Anlipa? —interrumpió el ave, sin dejar de sacar gotas del mar viscoso y gris—. ¿Qué clase de criaturas son? ¿De qué color tienen los ojos?

—Yo soy humano —respondió Bubu, al tiempo que aca-

riciaba la cabeza de su amiga— y esta es Anlipa, un ave como tú.

—¿Humano? ¿Ave? ¿Como yo?... ¿Qué es ser humano? ¿Qué es ser pajaropájara? ¿Qué ser como yo? Respondan rápido, no tengo tiempo que perder.

—¿No sabes lo que es una persona?

—¿Persona? ¿Qué es ser persona?

—Lo mismo que humano.

—¿Qué es ser lo mismo?

—Quiero decir que una persona es un ser humano, que ambos son las misma cosa —trató de aclarar Bubu.

—¿Qué es ser la misma cosa? ¿Qué es ser? ¿Qué es es?

—¡Vaya clase de enredo que haces! —respondió Bubu, aturdido por las preguntas del ave—. Quiero decir que soy un ser humano, una persona, alguien que piensa, que sabe leer y escribir, un ser humano pues. ¿Cómo te digo? Un ser humano, una persona. Es decir... Más bien que no soy un animal, o sea que nos diferencian... Pero ¿es que nunca has visto un ser humano?

—¿Humano? ¿Animal? ¿Qué es ser animal?

—¿Pero es que tú no sabes nada? —Bubu empezó a molestarse.

—¿Nada? ¿Qué es no saber nada? ¿Qué es la nada? ¿Qué es saber?

Por un momento Bubu pensó decirle a la criatura, la cual continuaba sacando gotas al mar viscoso y frío para depositarlas entre la arena, que saber era dejar de ignorar. Pero, además de que no estaba muy seguro, supuso que el ave le preguntaría qué era ignorar, y se pasarían tejiendo una interminable cadena de preguntas, cuyas respuestas eran muy difíciles de explicar con palabras.

“Palabras. Palabras. ¡Claro!, este es el problema”, pensó Bubu con un extraño brillo en los ojos, antes de decirle al ave:

—Saber es vivir.

—¿Vivir? —indagó el ave de arena, en tanto que sacaba más gotas del mar viscoso y frío—. ¿Qué es vivir?

Bubu se colocó en un lugar donde el ave no pudiera dejar de mirarlo, descubriendo que no tenía ojos sino cuencas tan oscuras como la noche más honda, y le dijo:

—Vivir es... —y dio un largo y profundo respiro.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó el ave de arena, y se quedó en silencio, continuando su ritual de sacar gotas de aquel mar.

—Y tú ¿quién eres? —dijo Bubu poco después.

—Me nombran Moro —respondió el ave, agitando la cabeza—. Soy un puñado de sueños a quien el mar robó los huevecillos. Yo se lo advertí, juro que se lo advertí. Si no me los devuelves, le dije, mi cólera será implacable, pero no me hizo caso. Se rió se mí. Le recordé lo que le había pasado hace muchos años con Garuda, un antepasado mío. Pero, aun así no me hizo caso. Dijo que el mar no tiene memoria. Yo sí, y aquí me ves, con mi propio pico secando al mar gota a gota, hasta encontrar mis huevecillos. El se lo buscó.

Entonces, Moro de nuevo sacó una gota pero, esta vez, en lugar de depositarla en la orilla de la playa roja, se quedó frente a Bubu como si lo estuviera mirando. Una ráfaga de viento frío vino desde el mar. Bubu sintió como si él fuera la gota que colgaba del pico de Moro. Sintió que, al caer, la gota era un océano de lágrimas que lo atrapaba por completo, que él también era una especie de Moro, secando su propio mar gota a gota. Un escalofrío lo sacudió. Instintivamente comenzó a rodear al ave con lentitud, hasta que tuvo a sus espaldas la esperanzadora silueta del verde camino de árboles.

Por un momento, pareció que el mar parpadeara. Moro comenzó caminar hacia él. Bubu apretó contra su pecho a Anlipa, todavía inconsciente. Conforme Moro se acercaba, crecía y crecía. Bubu salió huyendo con todas sus fuerzas, hacia el sendero de árboles. Los gránulos de arena roja exhalaban un espantoso lamento. Moro había alcanzado el tamaño de diez hombres. Con su pico de sal, para entonces del tamaño de un tigre, trataba de atrapar a Bubu y Anlipa. Bubu corría presa del pánico, con el aliento salobre de Moro pisándole los talones. El lamento de la

arena roja era un chillido insoportable. A punto de desfallecer Bubu dio media vuelta para enfrentar al ave de arena. Parecía que la criatura los atraparía como a una de las gotas del mar, pero en el último momento algo se lo impidió.

Pese a los esfuerzos de Moro por agarrarlos, dos hilillos negros la detenían por las cuencas, atándola al sitio donde Bubu la descubrió quitándole gotas al mar. Los hilillos eran los ojos de Moro, quien lanzaba espumarajos por el pico, en su esfuerzo por atrapar a Bubu y Anlipa.

De pronto, la sombra del ave se separó de ésta y comenzó a rodearla, estallando sobre ella. Sombra y ave se convirtieron en una fina llovizna que la arena absorbió con rapidez. Segundos después, Moro aparecía en el mismo sitio donde Bubu la viera por primera vez. Como entonces, el ave metía su pico de sal entre las salpicaduras de las olas, aprisionaba una gota, la depositaba en la orilla y volvía a comenzar.

Bubu se alejó lo más rápido que le permitieron sus fuerzas, mientras acurrucaba a Anlipa contra su corazón.

Javier y Marta dieron un grito de alegría y se abrazaron.

Étego Primavera

Bueno, si no tienes raíces desde luego, ego, no las habrás perdido, pues nunca las has tenido, ido. ¡Oh, pobre de aquel que no conoce sus raíces, el árbol de su propia vida, ida!

Ladera arriba, Bubu cargaba a la inconsciente Anlipa, mientras la playa de los gránulos rojos era un corazón latiendo al sol. En el mar viscoso y gris, se daban rápidos remolinos.

“¡Sólo falta una tormenta!”, pensó Bubu, y tomó por una vereda que los alejaría para siempre de la playa, para entonces una lombriz rojiza, y de Moro, el ave de arena.

La vereda conducía hasta un bosquecillo donde Bubu se internó en busca de un sitio para descansar. Pronto estuvo totalmente perdido. A la sombra de un frondoso árbol, Bubu acostó a Anlipa y la cubrió con musgo fresco. “Tal vez esto le ayude”, se dijo.

Una multitud de pajarillos multicolores devoraban los frutos amarillos del árbol. Bubu tenía hambre y sed. Si las aves se alimentaban de aquellos frutos, a él no podrían perjudicarlo. Subió al árbol y se sació. Pronto se sintió con una energía extraordinaria, y decidió explorar el bosque. Arrojó con más musgo a Anlipa y partió.

Después de un rato, procurando dejar las señales necesarias para saber cómo regresar por Anlipa, Bubu escuchó un leve murmullo. Se detuvo. No había duda, aquel murmullo, entre canto y risa, provenía de un claro cercano. Sigiloso se acercó hasta que, en el centro del claro descubrió un frondoso árbol. Cada rama formaba un brazo torneado. El rostro, situado donde el tronco se ramifica, tenía la suavidad de las hojas tiernas. La nariz y la boca eran frutos jugosos. Sin embargo, en las piernas, que se esperarían con la fortaleza del bambú, no habían sino racimos de finísimas y blancas raicillas.

—¡Eh tú, extranjero, jero, acércate! —exclamó el árbol al descubrir a Bubu, quien del susto se tropezó, cayendo de narices—. Es una primavera conocerte.

—Yo...encantado...estoy... —intentaba decir mientras se levantaba, sacudiéndose—. Encantado de conocerlo, señor. Mi nombre es Bubú —hizo una respetuosa reverencia—, para servirle.

—¿Bubú? ¿Bobu? ¡Bubobú, Bububó! —y el árbol soltó una carcajada, mientras agitó sus ramas con alegría—. Dime, extranjero, ¿de cuál árbol has salido, ido?

—De ninguno, señor, yo...

—¡Ay!, disculpa mi descortez —interrumpió el árbol—, hace tanto no recibía visitas ni nidos, idos, que olvidé presentarme. Mi nombre es Primavera, vero, Étego Primavera. Para servirte en lo que cáscara. Vengo de una semilla que alguna vez la mariposa Theobroma dejara caer por estos lugares abandonados a los designios, ignios, del polen. Bien, ahora que he sido presentado, ado, dime ¿de cuál árbol has venido y qué hiciste tus raíces? ¿No las habrás perdido, ido?

—No he salido de árbol alguno, señor Primavera —respondió Bubú.

—Étego, para los amigos, Étego. Bueno, si no tienes raíces desde luego, ego, no las habrás perdido, pues nunca las has tenido, ido. ¡Oh, pobre de aquel que no conoce sus raíces, el árbol de su propia vida, ida! Pero en fin, dejémonos de ramas y dime Bubú, ¿en qué rama puedo servirte, irte?

—Gracias. Quizá...

—Apuesto, esto —interrumpió de nuevo Étego—, que quieres conocer mi historia. Todos quieren conocer mi historia. Yo soy tan feliz entonces. ¿Verdad que tú también quieres? Soy, oy, tan feliz entonces.

—Bueno... este... ¡Claro! Por favor —balbuceó Bubú.

—¡Qué amable eres! Seguro que seremos buenos amigos, igos. Bien, hace mucho tiempo, tanto pero tanto tiempo hace que sucedió lo que pasó, que ya hasta olvidé lo que pasó... La verdad sea dicha, icha, amigo Bubú, nunca recuerdo mi historia. ¿Crees que esto es muy grave, ave? Contéstame con franqueza, eza, Bubú. Los amigos siempre se dicen la verdad, por hacha

que sea. Para eso son los amigos. ¿O eran para otras cosas? Por cierto, Bubu, ¡qué extraña cáscara tienes!

Con una ramilla, Étego Primavera señaló camisa y pantalones.

—Ropa —aclaró Bubu—, señor Primavera, se llama ropa.

—Nada de Primavera, vero, ya te dije: para los amigos, Étego. ¿Ropa? Curioso nombre, ombre. Como te decía, cuando vivía con mis tres hermanos, todo era muy distinto, tinto: uno se encargaba de recoger las hojas que se nos caían, el otro de quitarnos la nieve y guardar, dar, la lluvia que no podíamos comer. El tercero nos daba masajes con unguento de sol. Todo era tan distinto, tinto. Entonces no teníamos raíces que nos ataran a un sólo lugar sino unas muy parecidas, idas, a las tuyas. Ves como tenía razón: no has perdido, ido, tus raíces, lo que sucede es que no sabes cuáles son y cuáles no son tus raíces. En fin, te decía, antes todo era muy distinto, tinto. Por cierto, ¿antes queda ayer o mañana?... Pero bueno, eno, como te decía, todo comenzó por aquella arbusta tan preciosa, osa. Su olor café me cautivó desde el principio. Era tan linda. Me enamoré, oré, Bubu, viejo amigo, me enamoré, oré. Y, como buen enamorado, sólo me importó estar enamorado.

El árbol se sacudió con fuerza produciendo un murmullo entre canto y risa. En cuestión de segundos sus ramas florecieron, maduraron y dejaron caer, lentamente, unas almendras rojizas. Al contacto con el suelo brotaban efímeros arbustos de chispas. Esa era la razón para que el árbol dejara escapar su murmullo haciéndolo exhalar, de paso, cristalinas mariposas multicolores. Eran como las coronas que forman las gotas de la lluvia al besar las charcas.

—Fallé en mis obligaciones —Étego Primavera hablaba a gran velocidad, Bubu estaba aturdido—. Y claro, eso no se podía, día, permitir. Un cambio no me vendría mal, dijeron mis hermanos. Además, demás, siempre fui el más aventurero, el más valiente. Claro, sin ánimos de vanidad ni orgullo, ullo: era

el más hermoso, simpático e inteligente de los cuatro, desde que éramos semillas, millas. La cosa fue que me arrancaron las hojas, me dejaron secar. Cuando estuve reducido, ido, a semilla, le indicaron a la mariposa Thebroma que me llevara, ara, lo más lejos posible y me tirara al mar, donde ya no podía ser bello ni mucho menos dormir, ir. ¿Quién ha visto a un árbol de mi árbol genealógico, lógico, durmiendo mientras la aventura de la vida, ida, estaba sucediendo? ¡Qué barbaridad! amigo Bubu, ¡qué barbaridad! Y, claro, la mariposa Theobroma se dijo, ijo: “¿Cómo destruir algo tan bello? ¡Jamás!” Entonces me dejó en estos sitios, donde he crecido hasta convertirme, irme, en el bello espécimen que ves. Como la paso muy solito me da por carcajearme y hacer mis mariposadas de cuando en vez. Aunque, dicen algunos, unos, vecinos míos que yo ya estaba aquí antes de venir, y que lo de mis tres hermanos, son puros cuentos. Pero, claro, uno a esas cosas, osas, no le debe dar importancia, ancia. ¿Verdad que no, Bubu?... Lo mismo pienso. Por cierto, dicen que uno de mis hermanos, después hacerme tal vileza, se marchitó de remordimiento, mientto.

Étego alargó una rama cuajada de frutos maduros, pero cuando Bubu iba a tomar algunos, el árbol se arrepintió, quitándola con rapidez.

—Bueno, algo es algo —continuó como si tal cosa—, o ¿algo es nada? Quién sabe, ¿verdad? Y aquí estoy, oy. Aunque el problema más grave, ave, lo tengo aquí afuera. No sabes cuánta molestia me causa el ser comido, ido, por las termitas. Pero, bueno, aquí adentro es muy distinto, tinto, y eso compensa. Por ejemplo, hay que ver lo que es el sol, las nubes, mis mariposas revoloteando, ando, los deditos de la lluvia, los cuchillos regados de la tormenta, menta. A propósito, Bubu, ¿puedo servirte, irte, en algo?

—Yo... A decir verdad, sí puede —asintió Bubu—. Tal vez sepa cómo llegar hasta una gran piedra cristalina donde salen un riachuelo verde y una corriente azul. Sucede que mi amiga Tormund, la gran tortuga verde, se fue por el primero, mientras

que Anlipa, otra amiga, y yo, fuimos arrastrados por la corriente azul... Ayúdeme a encontrar a Tormund... ¡Por favor!

—¡Ay hijo! —contestó Étego, con sus ramas para todos lados—. Son tantas las cosas que suceden dentro de mí, y que desconozco, nozco, que la verdad no sé decirte ni rama, ama.

—Entonces —insistió Bubu—, tal vez sepa cómo llegar al Valle de la Hoguera Verde.

—¿Hoguera? ¿Verde? Ves lo que te decía. Ni siquiera sabía que tenía una hoguera de un color tan distinguido, ido. Pero, ¿por qué quieres irte? ¿Acaso te disgusta algo adentro de mí?

—Disculpe Étego, ¿cómo dice adentro, si aquí es afuera de usted?

—No mijito, ito. Eso era antes. Ahora, donde tú estás y todo lo que te rodea es mi adentro, entro. Y aquí, entre mi cáscara, es mi afuera, era.

—Pero Étego —volvió a decir Bubu con delicadeza—, dése cuenta de la realidad.

—¿La realidad?... La realidad —dijo Étego y se rascó la nariz con una rama—. Ya lo dijo Gieco, eco:

*la realidad baila sola en un teatro
y camina triste por el sueño del más bueno
la realidad duerme sola en la mentira
y en un bolsillo tiene amor y alegría
un dios de fantasía, la guerra y la poesía.*

Para mí —continuó el árbol—, así resulta más interesante y divertido, ido. Además, ¿cómo saber con certeza si ahí es afuera y no adentro, entro? En fin... te he dicho que adentro de mí existen infinidad de cosas que desconozco, nozco. Claro, jamás quisiera que te sintieras a disgusto, gusto, adentro de mí. De modo que si quieres irte, no tienes más que subir El Risco de las Nubes y, cuando encuentres, entres, la Piedra de la Luna, una, dale treinta y seis vueltas. Solo entonces, te encontrarás mareado y perdido. Eso te lo garantizo, izo.

—Pero Étego —exclamó Bubu desconcertado—, entonces para que...

—... Porque, la verdad sea dicha, no tengo ni la más cogolla, olla, idea de cómo puedes salir de mi adentro. No más se deja un lado para estar en otro. Ya te he dicho, icho, hay tantos lugares y cosas que desconozco en mí. Por ejemplo, esa Tormund, o esa Anlipa, ipa, que antes mencionaste, y tú mismo, Bubu. Yo ni siquiera sospechaba, aba, que estaban tan adentro mío.

—Pero Étego, es que yo...

—¡No, no! ¿Cuál yo ni qué estaca? ¿Entiendes lo que acabo de decirte? La verdad sea dicha, yo no he entendido ni cáscara. Y, ahora discúlpame, tengo que volver, ver, a murmurar. Vuelve en otro sueño, amigo Bubu, cuando gustes, siempre serás bien hojarasca, rasca. Y ya sabes, en cualquier parte que te encuentres, entres, siempre estarás adentro de mí. Solo tienes que llamarme, amarme, y yo, probablemente, mente, no te contestaré. Hasta el tallo, Bubu, hasta el tallo. Ha sido, ido, un verdadero placer hojear contigo.

Dicho esto, Étego Primavera continuó murmurando su mezcla de llanto y risa. Las semillas de nuevo brotaron dejando caer los arbustos de chispas, y las mariposas salieron de nuevo en ráfagas de su boca. Era como si Étego Primavera nunca hubiera visto a Bubu y éste no estuviera frente al árbol. Por un momento, los mariposas se juntaron formando un gran ojo, que parpadeó por un instante, haciendo que Bubu se estremeciera. Luego todas se dirigieron hacia el otro extremo del bosque. El instinto le indicó a Bubu que tenía que seguir las. Sin tiempo que perder y más sonriente que frustrado, Bubu fue por Anlipa y se dirigió hacia donde señalaban las mariposas multicolores.

—¡Bang, Bang! ¡Tz, tz, tz, tz, tz, tz, tz, tz, tz, tz! Aquí el *Cosmocapitán Lechugaespeis*, cambio. ¡Tz, tz, tz! Atención, atención, llamando a su inseparable compañero *Pop Corn*, cambio. Aquí el cos-

mocapitán Lechugaespeis. Adelante Pop... cambio —Javier, hablando con la nariz tapada, se revolcaba entre los almohadones.

—¿Idiay Javier —dijo Marta cerrando el libro con una sonrisa—, te volviste Étego, perdón, quiero decir loco?

—Atención, atención —continuó Javier tapándose la nariz, convirtiendo la otra mano en un veloz bombardero—. Nave enemiga acercándose a las 90. Viraje total. Nos están atacando por el flanco derecho. Atención Pop Corn. Operación ataquesorpresas con rayos fulminantes. ¡Bang, bang! ¡Taratatán! ¡Tun, Bun!

Atención Cosmocapitán Lechugaespeis —agregó Javier destapándose—. Atención, la ultrasupersecreta misión yogurt ha sido un éxito. Hemos derrotado a nuestros enemigos. Cambio.

Aquí Lechugaespeis: Gracias Pop. Atención base, atención. Aquí el Cosmocap...

Pero la risa de Marta se volvió imparable, contagiando a Javier y llenando el cuarto de un suave resplandor azul.

A través del silencio

No había otra opción: con las últimas hilachas de luz, Bubu, se dirigió, vacilante, hacia la entrada de la cueva. La noche abrió sus fauces por completo y se lo tragó todo.

Bubu se internó en el camino que le señalaban las mariposas multicolores. Anlipa, entre sus brazos, comenzó a moverse con suavidad. Bubu subía con dificultad, el aire estaba enrareciéndose. De pronto, al superar una enorme piedra, Bubu pudo ver que el camino se convertía en un infinito pedazo de hielo escarpado que se perdía entre la nubes. La noche mostraba sus dientes.

Bubu sintió un espumarajo de temor en el estómago, dio unos cuantos pasos y cayó de rodillas. El viento tomó más fuerza, trayendo un frío que acuchillaba los huesos. A punto de desfallecer descubrió una cueva. Anlipa se estremeció. No había otra opción: con las últimas hilachas de luz, Bubu se dirigió, vacilante, hacia la entrada. La noche abrió sus fauces por completo, y se lo tragó todo menos un resplandor azul: Anlipa despertaba.

La boca de la cueva era húmeda y suave como piel de bebé. Al dar los primeros pasos a ciegas, Bubu sintió que caminaba dentro de los propios intestinos de la montaña. La oscuridad era total y tan húmeda que Bubu la sentía entrar en sus pulmones. Sin embargo, con cada paso, el resplandor azul de Anlipa iluminaba más y más aquel túnel. Poco después Bubu descubrió que el túnel formaba una especie de puerta, suave y brillante, sobre la que se hundía una cambiante inscripción en refulgentes letras verdes.

—¡Vaya, vaya Anlipa! —exclamó Bubu—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Supongo que continuar —murmuró Anlipa...

—... Pero, ¿y si esta inscripción es una advertencia?

Al decir esto, las letras verdes, que no dejaban de entremezclarse como un nudo de lombrices, se aclararon. Bubu leyó:

YACE AQUÍ UN HOMBRE
QUE QUISO SABER
Yor-Caás, El Verde

Al terminar de leer, la lengüeta de baba de la puerta de abrió. Una vez adentro, el resplandor azul de Anlipa iluminaba el camino con suavidad.

Cuando la lengüeta de baba se cerró, dejó ver otra cambiante inscripción, esta vez en refulgentes letras rojizas. Como sucediera antes, las letras se retorcieron hasta formar un mensaje comprensible:

AQUÍ YACE UNO MÁS, UNO MENOS
ESTUVO TAN OCUPADO ACALLÁNDOSE
QUE NUNCA SE ESCUCHÓ
Art-Caás, El Rojo

Bubu sintió que un vértigo espeso le subía por el estómago, al terminar de leer la inscripción. De inmediato, la puerta se cerró solidificándose hasta convertirse en una pared impenetrable. En un arranque de desesperación, al sentir que estaba siendo enterrado vivo, Bubu apretó a Anlipa contra su pecho y salió corriendo.

Sentía que bajaba y bajaba. Sudaba, jadeaba, casi asfixiaba a la pajaropájara del atardecer. Se tropezó, cayendo frente a un salón iluminado tenuemente. En la caída lanzó a Anlipa cerca de donde estaban dos hombrecillos. Uno verde y otro rojo, sentados en unos mullidos sillones, bebían unos espesos y brillantes líquidos, en unas copas que cambiaban de color a cada instante. Parecía que el verde hablaba mientras el rojo escuchaba, pero no se percibía ni el más ligero ruido. A veces hacían como si rieran a carcajada limpia, o se levantaban como si estuvieran en desacuerdo, o bien el hombrecillo rojo aprobaba, como si el otro acabara decir algo importante.

Todo aquello, sin embargo, fue interrumpido cuando

Anlipa, al caer, lanzó un largo chillido. Los hombrecillos, boquiabiertos del asombro, se levantaron de sus mullidos sillones, verde y rojo, dejando caer las copas multicoloras. Anlipa, se levantó sacudiéndose la cabeza y estirando sus alas cristalinas. El resplandor azul de su corazón se unió a las luces de la habitación. Los tres volvieron a ver a Bubu, que aún estaba de bruces.

—¿Y esto? —El hombrecillo verde, se quitó el verde y puntiagudo sombrero. El hombrecillo rojo respondió alzando los hombros.

—Este...bueno..., yo...eh...somos...esdecir...queremos...laverdadmucho gusto... —Bubu carraspeó, se incorporó haciendo una suave reverencia—. Mi nombre es Bubu, y ella es Anlipa, y bueno, ustedes disculparán esta manera de entrar sin...

—¡Buuubuuuuu! ¡Buuubuuuuu! Esto es increíble.

El hombrecillo verde comenzó a reír hasta doblarse por la mitad. Se revolcaba en el suelo, dando patadas y manotazos, repitiendo el nombre de Bubu hasta que se quedó sin aliento. El hombrecillo rojo, después de un rato de mecerse la larga barba bermellón, hizo un gesto de disgusto, como si con esto dijera:

—“¡Basta ya, carajo! ¿Quién se atreve a interrumpir nuestro sagrado silencio”.

—Sí, sí, ya sé —respondió el verde, luego de calmarse. Solo él entendía el lenguaje de silencios del otro—. Pero, ¿desde hace cuánto nadie pasaba por aquí, ah?... Hace más de lo que recordamos. Además no debemos ser tan cascarrabias. Procedamos pues, a presentarnos ante este extranjero de nombre tan gracioso: mi nombre es Yor-Caás, el verde, y él es mi hermano, Art-Caás, el rojo —Una suave reverencia siguió a sus palabras.

—Encantado de conocerlos —dijo Bubu, mientras se acercaba a la pajaropájara del atardecer, ayudándole a levantarse—. Ruego nos disculpen a mi amiga Anlipa y a mí, si hemos entrado sin ser invitados. Pero no...

Art-Caás, tiró de sus cabellos escarlata, haciendo gestos de desaprobación, como si estuviera diciendo:

—“Que calle de inmediato este miserable. Que con-

temple la infinitud de su silencio. Hablar es traicionarse, la peor de las desgracias. Cómo no entiende que al hablar se condena a quedar expuesto ante cualquiera, lo cual es imperdonable no solo porque nadie se lo pidió, y por lo tanto a nadie le importa, sino porque, y esto es lo peor, quién le dijo que tenía derecho a decir algo, quién le dijo que sabía algo, quién que es algo”.

El silencio con que Art-Caás no decía las cosas era suficientemente elocuente como para que Bubu supiera que su presencia y la de Anlipa no eran bien recibidas. La pajaropájara del atardecer, mientras tanto, lo observaba profundamente tratando de descubrir el secreto de aquellos seres. Yor-Caás, el verde, negaba con la cabeza, mientras caminaba alrededor de su rojo hermano, diciéndole:

—El problema tuyo es que eres demasiado malhumorado. Como te has acostumbrado a escuchar solo el silencio, y a hablar solo en silencio, te molesta cualquier sonido. Decir una sola palabra ante tu presencia es el peor de los insultos. Eres un egoísta. Sí, se los voy a decir, voy a acusarte ahora que tengo, al fin, con quien conversar de verdad.

Yor-Caás se detuvo frente a Bubu y Anlipa.

—Vean —continuó burlón—, como el gran, único e inalcanzable Art-Caás, el rojo, solo escucha silencios, entonces yo tuve que aprender a hablar conmigo mismo. Años de estarme diciendo lo aprendido durante siglos. Años de estar descubriendo teorías, explicaciones, fundamentos, razones, causas, para solo poder contármelas a mí mismo con palabras impronunciables, para que el patán de mi hermano no viera interrumpida su gran acción mundial: escuchar. ¡Ja!, pero tenía que llegar mi hora, tenía que venir alguien con quien hablar, alguien que escuchara lo que uno tiene que decir y no lo que uno tiene que callar.

—Nosotros, Yor-Caás —respondió Bubu—, no queríamos interrumpir nada. Nosotros solo queremos encontrar el Valle de la Hoguera Verde y si fuera posible, a nuestra amiga Tormund, la tortuga verde.

—¿Verde? ¡Vaya, ese sí que es un color!

En ese momento Art-Caás tiró el sombrero con todas sus fuerzas, dejando escapar miradas como cuchilladas rojas, que querían decir:

—“No entienden, nadie entiende: las palabras han hecho insoportable la vida. Ellas la falsifican, la atrapan con sus jaulas de sonidos, la hacen esclava y terminan por gobernarnos.”

—No queremos molestar —Bubu indicó a Anlipa, incómodo por los gestos y las expresiones del hombrecillo rojo—, de manera que si nos indica el camino a seguir nos iremos de inmediato.

Art-Caás, el rojo, señaló hacia el fondo del salón, dejando entrever un extraño brillo en lo profundo de sus ojos fucsia.

—¡No, no no! —exclamó Yor-Caás, el verde—. ¿Cómo se les ocurre? ¿Por qué?

—Nuestra presencia molesta a tu hermano.

—De ninguna manera, de ninguna manera. Ustedes no lo conocen, es muy chineado, nada más. Lo que ha querido decir es simplemente que son ustedes unos hablantes muy peculiares. Que hace mucho tiempo ningún hablante, aparte de mí, pisaba estas tierras...

En ese instante Art-Caás frunció el ceño. Un crujido como de rama seca inundó el lugar, callando a Yor-Caás.

—Lo ve —aseveró Bubu.

—No, no es lo que parece. Fruncir el ceño con crujido significa que no se vayan, que se queden a tomar unas copas multicoloras con nosotros. Que se queden un rato más. De verdad...

Pero Art-Caás, además de fruncir el ceño hasta lo imposible, dio una fuerte patada, no dejando duda alguna de que hubiera dicho:

—“¡Que se marchen ahora mismo! ¡Ya! ¡Largo de aquí! Si no ¿para qué me he exiliado del mundo ruidoso de los charlatanes como el hablante Bubu y su ave, que por lo menos se queda callada? ¿Para qué me he dedicado a aprender de las criaturas que escuchan a la vida misma, mares de simplicidad? ¿Para qué he dormido con ellas, las he escuchado, me las he comido de la

misma manera en que ellas ya me comerán? ¿Para qué si no es para el silencio? Porque esa la única ley: ver, oír, sentir, ser cada partícula que compone el universo de uno. Escuchar es la única ley. Solo así se aprende el lenguaje de la vida. De modo que estos extraños tienen que irse de inmediato, puesto que soy yo quien gobierna aquí.”

Acto seguido apretó tan fuerte sus manos que toda su piel, semejante a terciopelo rojo, se erizó por completo.

—Ese es el problema contigo —explotó Yor-Caás, dando brincos y patadas por todo el salón, rodeando a Art-Caás—. Crees que solo debe hacerse lo que tú digas, mejor dicho, lo que tú no digas... Gobernar, no jodan, ¡ño!, con eso de gobernar.

Yor-Caás estaba terriblemente irritado e imitaba, con muecas burlonas, cómo Art-Caás hubiera hablado. Se jalaba los verdes y largos cabellos, y se arrancaba rizados de su barba, casi turquesa.

—*Ser gobernado* —continuó aún más furioso— *significa ser observado, inspeccionado, espiado, dirigido, legislado, regulado, inscrito, adoctrinado, sermoneado, controlado, medido, sopesado, censurado e instruido por aquellos que no tienen el derecho, los conocimientos ni la virtud necesarios para ello.*

Yor-Caás agitaba sus brazos que, por un momento, parecieron a punto de zafarse. Bubu le hizo un guiño a Anlipa, y ambos miraron el sitio que había señalado Art-Caás. Lentamente y sin hacer ningún ruido se dirigieron hacia ahí.

—*Ser gobernado* —siguió vociferando Yor-Caás— *significa ser anotado, registrado, patentado, autorizado, licenciado, aprobado, reformado, reprimido, multado, hostigado, golpeado, desarmado, encarcelado, fusilado, juzgado, condenado, flagelado, vendido, traicionado, y por último, sometido a escarnio, ridiculizado, insultado, deshonrado.*

A estas alturas Yor-Caás se revolcaba en el suelo echando espumarajos verde-mar.

—Y la verdad ya me tienes hartos con tu silencio, con tu pedantería, y tu egoísmo. Eres una criatura egótica, un egozar.

Lo único que te importa es gobernar o ser gobernado, dar o recibir órdenes, mandar o ser mandado.

Bubu y Anlipa estaban a un paso de abandonar aquel lugar. Tanto Yor-Caás, el verde, como Art-Caás, el rojo, jamás notarían su huida. Al cabo de un rato, el primero se cansaría de hablar, se sentaría de nuevo en su mullido sillón verde, y bebería de la copa multicolora. Art-Caás respondería con cortesía, no desprovista de cierta paternal comprensión por lo que no llamaría el desatino juvenil de su hermano. La calma volvería a reinar en sus corazones. Cada uno volvería a lo suyo. Si Bubu hubiera insistido en quedarse allí para protegerse de la noche, o les hubiera preguntado cómo encontrar el camino al Valle de la Hoguera Verde, Art-Caás arracándose los rojos cabellos, presa casi del furor, no hubiera dicho:

—“Pero ¡cómo es posible que este extranjero sea tan necio y no se marche de inmediato!”

Hubiera lanzado una mirada a Yor-Caás, el verde, advirtiéndole que les indicara a Bubu y Anlipa que se largaran de inmediato, si no querían atenerse a las consecuencias de su furia. El verde, por su parte, hubiera insistido en que no era para tanto, en que se quedaran, en que tomaran algunas copas multicoloras:

—“Total, a lo hecho, pecho”, habría chillado.

Pero Art-Caás nunca lo hubiera aceptado:

—“¡Jamás! No ves, Yor-Caás, que me distraen del único discurso posible: uno mismo.”

Quizás Bubu hubiera insistido en que por lo menos le indicaran cómo salir de allí, a lo que Art-Caás, señalando hacia el fondo del salón no hubiera dicho:

—“¿Cómo se atreve a venir a mí con preguntas? Tengo más respuestas de las que imagina, pero no le sirven. Son sólo para mí, no para ruinosos charlatanes que no saben escuchar y sólo preguntan: ¿por qué? ¿para qué? ¿de dónde? ¿cuál? ¿cuándo? Debería saber que no es más que una palabra de sangre y huesos, y que el tiempo es el discurso que lo moldea a placer entre la punta de los dedos”.

Yor-Caás, a estas alturas cansado de replicarle a Art-Caás, tan solo se limitaría a traducir lo que el primero espetaría a Bubu y Anlipa, derrotado por el silencio de su hermano.

—“Escúchenme señores —habría pedido Bubu—, nada más que por un instante”.

Ante esto Art-Caás, el rojo, no hubiera dicho de manera irrefutable:

—“¡Un instante lo es todo!, de modo que ¡fuera de aquí, de inmediato!”

Si Bubu, cosa dudosa, hubiera implorado que al menos lo dejaran pasar la noche allí, “Prometemos hacer silencio”, habría insistido, Art-Caás, el rojo, quebrando sus votos de silencio, habría espetado mortalmente:

—“¡Jamás... hacen demasiado ruido con su silencio!”

Y nadie, nunca, hubiera vuelto a saber acerca de Bubu y Anlipa.

Gagon, guardián del Valle

Comprendo veo la alegría que cantacolma en sus corazones, pero es la yahora de asistir a la danzaencuentro. Unansepasen. Unansepasen. Y Gagon los condujo, por fin, al encuentro con la Hoguera Verde.

La noche que, antes de cruzar por el túnel donde vivían Yor y Art-Caás, se mostrara terrible y oscura, aparecía ahora dulce y tranquila, cuajada de estrellas multicolores. Ladera abajo, los montes se abrían para dar paso a una cañada donde se cerraba la garra de estrellas. Allí quedaba el Valle de la Hoguera Verde. Conforme bajaban, un sentimiento de optimismo comenzó a llenar el corazón de Bubu y Anlipa. La pajaropájara del atardecer brillaba como la luna llena que alumbraba el camino.

—Anlipa, Anlipa —dijo Bubu y se detuvo para estrechar al ave contra su pecho—. No sé porqué, pero siento que a partir de ahora todo comenzará a mejorar.

—Pues es maravilloso que sientas así. Tal vez ahora tengamos alguna esperanza de encontrar a Tormund y el Valle de la Hoguera Verde —exclamó Anlipa y estiró las alas con suavidad.

—¡Ojalá Anlipa, ojalá!

Sin embargo, un hálito de pesadumbre cubrió la mirada de Bubu.

—Oye —replicó Anlipa—, ¿qué te pasa?

—Que me siento culpable por todo lo que ha sucedido. Quise conocer la razón de mi vida, “¿para donde voy?”, ¿recuerdas? ¿Y qué hice? Robarte, poner en peligro tu vida, la de Tormund, la mía. Y si ni siquiera he hallado el camino para ponerte a salvo, o encontrar a Tormund, mi vieja y querida amiga, mucho menos he logrado encontrar mi propio camino.

—Bubu —indicó Anlipa, al ponerle una cristalina ala en el hombro—, lo hecho, hecho está. Siempre te la pasas haciéndote la víctima o sintiéndote el victimario. Te das demasiada importancia personal. Piensas que tú lo decides todo, incluso por los demás. Tormund te ayudó porque ella misma así lo quiso. Yo también, aunque todavía creas que fuiste tú mi ladrón y yo tu

presa —la pajaropájara del atardecer respingó la nariz—. Cada una eligió lo que quiso hacer. Tú ves todo en blanco o negro, pero hay miles de colores. Creíste que exiliándote del mundo te encontrarías a ti mismo, pero no has hecho más que huir de ti. ¡Oh Bubu, pobre Bubu! Así nunca encontrarás ni tus respuestas ni tu camino. Sólo caminando hallarás tu propio camino, y tú, Bubu, eres tu propio y único camino —concluyó Anlipa, dándole un tintineante beso en la mejilla.

—Y entonces —balbuceó Bubu a punto de llorar—, ¿qué debo hacer?

—Caminar.

—¿Cómo?...¿Hacia dónde?

—Con los pies, hombre, con los pies. Y hacia ti Bubu, hacia el Valle de la Hoguera Verde. ¿No fue eso lo que te enseñó mi corazón?

—Pues sí.

—¿Y qué esperas hombre? ¡Adelante!

Bubu se puso en marcha colina abajo.

—Oye —interrumpió Anlipa después de un rato—. Recuerda que cada uno es libre dentro de su jaula. Que puedes, si quieres, transformar tu propia jaula en pájaro. Vamos hombre, date un abrazo en tu propio corazón, déjalo que vuele. Es la mejor forma de querer y escuchar a los que te quieren.

Anlipa abrazó a Bubu con todas sus fuerzas. Aquellas palabras, como una suave lluvia turquesa, conmovían, limpiaban su corazón, y le daban nuevos bríos.

Al bajar, descubrieron las siluetas de otros caminantes que seguían un pequeño riachuelo de aguas verdes, que nacía montaña arriba. No cabía duda, tenían que seguir el riachuelo verde. Poco después, eran alcanzados por una pequeña caravana de hombres y mujeres río. Parecían inmensas gotas de luz al bambolearse sobre las monturas de sus bestias de agua, mezcla de caballos y camellos con las patas hechas de durísimos cristales. En un principio, Bubu sintió temor, el cual pronto desaparecería, de que aquella fuera una expedición enviada para capturarlos.

Los jinetes, al toparse con Bubu y Anlipa, sonreían y saludaban con el brazo derecho a la altura del corazón, la mano abierta como si estuvieran ofreciéndolo. Bubu respondía con sutiles reverencias.

Bubu y Anlipa nunca sabrían que aquellos hombres y mujeres río eran los rebeldes de Talem, que iban hacia el encuentro con su líder. La caravana pronto desapareció.

No muy lejos, un arco de piedra, blanco y brillante, del tamaño de un árbol, engullía el riachuelo. Tapando la entrada del arco, había una piedra roja con una extraña inscripción: Otile. Anlipa le indicó a Bubu que la bajara, entonces cruzó las alas frente al pecho y realizó una breve reverencia, tanto a la derecha como a la izquierda de Otile. Con una mirada de reojo, Anlipa le indicó a Bubu que hiciera lo mismo. Cuando éste terminó, la piedra roja se abrió, dando paso a un gruta blanca y brillante, que se tragaba las verdes aguas del riachuelo.

—¿Cómo supiste qué hacer? —murmuró Bubu.

—Cosas que una aprende con el tiempo, ya sabes —exclamó Anlipa haciendo un sutil guiño, acompañado de una sonrisa.

Mientras atravesaban el paso cedido por Otile, un canto retumbó en todo el arco de piedra:

*¿Cuáles son las raíces que arraigan, qué ramas crecen
en estos pétreos desperdicios? ¡Oh hijo del hombre!
no puedes decirlo ni adivinarlo; tú sólo conoces
un montón de imágenes rotas, donde el sol bate,
y el árbol muerto no cobija, el grillo no consuela
y la piedra seca no da agua rumorosa. Sólo
hay sombra bajo esta piedra roja
ven a cobijarte bajo la sombra de esta piedra roja,
y te enseñaré algo que no es
ni la sombra tuya que te sigue por la mañana
ni tu sombra que al atardecer sale a tu encuentro;
te mostraré el miedo en un puñado de polvo.*

Al terminar el canto, Otile, se cerró para siempre. Un estremecimiento sacudió a Bubu, al tiempo que unos peldaños de cristal escarlata se abrieron ante ellos. Con Anlipa entre sus brazos bajó. Los peldaños terminaban en un blanco pasadizo donde corría el riachuelo verde. Una hilera de piedras escarlata permitían el paso. Conforme Bubu las pisaba, cada piedra cantaba su nombre. Catorce fueron las piedras superadas. Catorce los misteriosos nombres que se repetían una y otra vez... *Sol... Dhoods... Sun... Ilios...* y que, sumados a la acústica del paso... *Naytheet... Abkin... Saule... Tonatiuh... Qurax...* producían un canto estremecedor... *Gunes... Grian... Surje... Ir... Sanse.*

Poco después, el pasadizo ascendía dando paso a otra escalera de cristal escarlata, semejante a la que usaran para bajar. Por allí subían las aguas del riachuelo verde hasta dar con una pequeña planicie esmeralda, desde donde Bubu y Anlipa no podían ver el arco blanco, ni a Otile, la piedra roja, ni los racimos de montes que rodeaban al Valle de la Hoguera Verde, como tampoco desde el otro lado, o desde la montaña, habían visto aquella superficie esmeralda. Hacia el centro de la planicie, el riachuelo verde se adelgazaba hasta tener el tamaño de una arteria y caer, lentamente, sobre un anaranjado cubo cristalino, de débil resplandor.

Siluetas de las más extrañas formas se agrupaban alrededor del cubo. Bubu y Anlipa solo pudieron reconocer a los hombres y mujeres río. Sobre ellos brillaba la garra de estrellas. De pronto, un hombrecillo violeta salió de entre las siluetas y vino al encuentro de Bubu y Anlipa. Traía a la espalda un violín de hojas. Vestía un corto y abombachado traje negro brillante y un sombrero anaranjado, con el que hacía estrafalarias reverencias.

—Sean bienvellegados extranjeros en sus propias tierras —anunció con una voz metálica—. Sean bienvellegados al Valle de la Hoguera Verde. Mi yonombre es Gagon, el guardián del Valle y éste es Gován, mi yoviolín. Vaya, qué exubelinda ave. Y vostú, vostú no eressos un hombre río, sino de carne. Extraño ver uno de tu raza. Pero bueno, para este buscoencuentro hay tantos

visitantes, hasta tenemoshay una tortuga mundoverde que nos ha visitavino. Yo Gagon, los invito a reunirse con los demásnosotros. Unansepasen a hacernos compañía. Unansepasen, vamosvengan. Unansepasen.

—¿Cómo? —exclamó Bubu sobresaltado, bajando a Anlipa y arrodillándose ante Gagon—. ¿Qué has dicho? ¿Una tortuga? ¿Una tortuga verde? ¿Es posible? Qué alegría. Qué gran ale.... Pero, espera, ¿su nombre no será...?

Bubu sentía hervir su corazón.

—Dime, guardián del Valle, dame la ansiada noticiapreciado Gagon, ¿acaso esa tortuga verde se llama Tormund?

—Vayaveo —continuó Gagon, palmeándole los hombros a Bubu con delicadeza—, vayaveo que ya la conocierías. Su minombre es Tormund. Por favor, vamosvengan.

Bubu recibía la más hermosa noticia de toda su vida. Un estremecimiento lo sacudió: Bubu no pudo contener más las lágrimas: lágrimas dulces, lágrimas desde lo más hondo de su ser, de su raza, lágrimas verdes. Encontraba de nuevo a Tormund, su vieja amiga.

—Vamosvengan, vamosvengan. Por aquiallá estanoestá Tormund. Por aquiallá.

Gagon los condujo, dando cabriolas por los aires, hacia donde estaban los otros visitantes del Valle. Bubu abrazó a Anlipa y dio varias vueltas. Sus ojos lanzaban chispas verdes de amor. La pajaropájara del atardecer, al mirarlo, dejó escapar una sonrisa haciendo que un chispazo de arco iris los envolviera durante unos segundos.

—Esperen un momentosiempre aquiaquí. Ya les traigollamo a Tormund —añadió Gagon y se adentró entre los visitantes, sentados alrededor del anaranjado cubo cristalino, donde seguía goteando la arteria verde.

—Anlipa —dijo Bubu, al tiempo que ponía en tierra a la pajaropájara del atardecer y bailaba de alegría—, es Tormund, Tormund, y está a salvo. ¡Oh Anlipa! ¡Qué alegría!

Pero en Anlipa se mezclaban una extraña ansiedad y

temor con la alegría de volver a ver a Tormund, ella presentía el encuentro final. Bubu se detuvo un instante y miró directamente a la pajaropájara del atardecer. Se estremeció. Era como si él mismo se mirara desde lo profundo de Anlipa y, también, como si él mismo se aguardara en el fondo del ave.

—Aquiaquí estaés Tormund —interrumpió Gagon—. Los dejovoy, tengoquiero que tocarcantar. Me llevotraigo a Anlipa para que puedan conversar. Ya casi es el instantesiempre de la danzaencuentro. No se tardeapuren. No se tardeapuren.

Bubu y Tormund quedaron frente a frente; era el silencio. Lágrimas de alegría les corrían por las mejillas.

—¡Oh Tormund! —murmuró Bubu al fin, abrazándola—. Tormund querida y vieja amiga. ¡Oh Tormund! —y el humano no pudo evitar el llanto—. He sufrido tanto por ti, me he sentido tan, pero tan culpable por arrastrarte, y a Anlipa, en esta loca aventura. Pero, ahora que estás bien, porque ¿verdad que te encuentras bien, vieja Tormund?, todo se arreglará. ¡Oh Tormund!

Tormund rodeó a Bubu con una aleta y sollozó.

—Tengo tanto que contarte —agregó Bubu—: Moro, el ave de arena, ante la que casi perecemos, Étego Primavera, un árbol loco que asegura que todos nos encontramos adentro de él. Los hermanos Caás, uno rojo y otro verde. ¡Oh Tormund!, tenemos tanto de qué hablar.

—¡Por las barbas del pulpo! —exclamó Tormund, tratando de quitarse las lágrimas más dulces de su existencia con una pata—. Pero dime, ¿por qué almejas no tomaron el riachuelo verde?

—Porque al salir de la Gruta del Tiempo envueltos en la catarata de cristal —contestó Bubu—, Anlipa se golpeó contra la piedra blanca, ¿te acuerdas de ella? La catarata, no sé si la viste, se dividía en dos, por un lado el riachuelo verde por donde te fuiste y por el otro el azul, donde Anlipa cayó, inconsciente. Yo venía detrás y, sin dudar un instante, me arrojé para salvarla. Eso fue lo que nos pasó. La corriente azul nos arrastró hacia las montañas

que rodean a este valle. Allí nos pasaron cosas tremendas. Pero a ti, ¿qué te ocurrió?

—Mucho, mucho, pero de eso hablaremos después. ¡Ah Bubu, viejo loco!, qué orgullosa me siento de ti por haber arriesgado tu vida para salvar a Anlipa. ¡Qué orgullosa! Cuando llegué aquí y me encontré con Gagon, una y mil veces le pregunté cómo ir en tu busca. Pero Gagon, a quien por cierto me cuesta un huevo entenderle, me indicó que quienes toman el riachuelo azul tienen que atravesar solos los montes que rodean al Valle, sin poder recibir ayuda. Lo que vivieras, según ese atarantado, te haría mucho bien y estarías fuera de peligro mortal, por lo menos mientras te hallaras en camino. Me preocupé muchísimo, pero ya ves, Gagon tuvo razón y estamos juntos de nuevo.

—Sí, Tormund, juntos como siempre ¡Oh vieja y verde amiga, he causado tanto mal! Parece que esto me acompaña desde los tiempos de la Homuna y me acompañará para el resto de mis días, aun cuando esté de por medio lo que más amo. Tormund, he sido un necio, un ciego y un torpe.

Bubu abrazó la cabeza de la tortuga verde.

—No seas así Bubu —repuso Tormund, dándole palmaditas en los hombros con la aleta—. Con esos reclamos no haces más que seguir en lo mismo. Tengo algo para ti. Mientras he estado aquí, Gagon me contó algunas historias. Hay una en especial que quisiera compartir, escucha:

Cuenta la leyenda que Ranzons, el grillo de espejos, tenía por hogar una botella. Un día, sin embargo, quiso salir de su hogar y prisión. Brincó y brincó hasta encontrar el borde. Lo agarró, dudó un instante y saltó al vacío: liberarse, pensó. Pero al caer, Ranzons se halló en medio de otra botella todavía mayor. Pasó el tiempo. Ranzons de nuevo comenzó a brincar y brincar para alcanzar el borde. Un día, al fin, lo logró. Sólo entonces, sobre el borde, supo que él mismo era el límite, el peligroso borde entre el abismo y la botella, el borde de la vida y su única posibilidad de libertad. Sintió que su cabeza era un espejo roto en mil pedazos que volaron por el espacio infinito. Cada pedazo de

espejo llevaba un Ranzons diferente. Parado en la boca misma de la vida miró cómo vida o muerte, bien o mal, no eran sino los lados del espejo de alas cortadas que es la vida misma. Parado sobre el vértigo del tiempo, el viejo Ranzons fue libre, no porque caía en uno de los lados, sino porque elegía, y eligió en el salto, su salto y el borde mismo, su absoluta libertad... dentro de la botella.

Si Tormund hubiera sabido, le habría mencionado a Bubu lo escrito en una Naranja:

—*Quizá quien elige el mal es en cierto modo mejor que aquel a quien se le impone el bien.* Para Bubu habría llegado el momento de volver la vista atrás. ¿Qué había estado haciendo dentro de sí? ¿Qué con su vida? Bubu siempre se creía mucho o muy poco, sin comprender que las cosas importantes están en las pequeñas cosas.

De saber, Tormund le hubiera dicho, con esa fuerza y amorosa dureza que da la verdadera amistad, que ¿dónde estaba su borde, el Ranzons de Bubu? Estaba escrito en una Naranja que *el hombre que no puede elegir ha perdido la condición humana.*

Sin embargo, nada de esto fue posible porque en ese momento Gagon se presentó con el violín de hojas desenvainado.

—Comprendo veo la alegría que cantacolma en sus corazones, pero es la y ahora de asistir a la danza encuentro. Unanse pasen. Unanse pasen.

Y Gagon los condujo, por fin, al encuentro con la Hoguera Verde.

—*¡Javier, Javier! Por fin vamos a saber el secreto de la Hoguera Verde. Javi.... ¡Ah no, te quedaste dormido!* —dijo Marta, en el momento en que la puerta se abrió.

—*Con permiso* —anunció la madre de Javier—. *¿Qué se habían hecho? Es hora de comer.*

—*No muchas gracias* —respondió Marta—, *no tengo hambre.*

—Yo tampoco mamita —añadió Javier entre bostezos—. Lo que quiero es saber cómo termina la historia.

—¿Cuál historia?

—Pues la historia de Bubu y nuestros amigos —explicaron los niños.

—Sí—confirmó Marta—, hemos estado leyendo la historia de La Hoguera Verde. Y ya casi la terminamos.

Javier corrió hacia su madre, quien lo alzó, dándole un beso. Un escalofrío le recorrió la espalda, las historias del abuelo siempre le revolvían el corazón.

—¿Así que han estado leyendo lo que papá me escribió cuando yo era una niña? —dijo haciéndose la enojada— ¿Y ahora, ni comer quieren?

—¡Ah, mamita! —suspiró Javier.

Marta puso el libro encima de la cama y cruzó las manos hacia atrás. Javier comenzó a hacer cucharas y, a punto de llorar, dijo:

—No te enojés, mamita, nosotros solo queríamos jugar.

Ella abrazó su hijo y le tendió la mano a Marta, al tiempo que contestó con dulzura:

—No, mi amor. No estoy enojada. Lo que pasa es que me acuerdo de papá, tu abuelo, “papapa” como vos le decías, y me gustaría que estuviera con nosotros.

El recuerdo más antiguo con su padre le iluminó la memoria: ella tenía la pijama a rayas. “La gran melcocha”, decía su padre, “la gran melcocha con ombligo”, y le daba besos en la panza, haciéndole cosquillas con la barba. Luego venía el chupón para dormirse, mientras su padre le cantaba, una y otra vez, su canción preferida:

María tenía una bomba
con un gato dibujado.
María inflaba la bomba
y el gato decía ¡miau!

Pero un día el viento pasó
y en el viento iba un ratón.

El gato corrió a comerlo
y la bomba se llevó.

María los miró irse
y muy triste se quedó,
se asomó por la ventana
y adivinen lo que vio:

La Luna era una bomba
toda pintada de azúcar
y en el medio de la panza
tenía un gato dibujado.

—*No Javi, no estoy enojada. Lo que quiero es que coman algo. Después se acuestan y prometo leerles lo que falta. ¿De acuerdo?*

—*¡Ah no, mamita!* —reclamó Javier cruzándose de brazos—, *eso sí que no. Tiene que ser Marta la que termine la Hoguera Verde.*

Emocionados, los niños comieron rápido, se medio lavaron los dientes, y se pusieron la pijama. Pero antes de seguir leyendo la Hoguera Verde, Marta y Javier descubrieron que tenían otra misión que resolver. Habían decidido entre cepillada y cepillada, que estaba bien, que la mamá de Javier les seguiría leyendo. Eso sí, habría que esperar un poco, porque ahora la cama era una barca multicolora para viajar por el tiempo.

La princesa del acuario

Una manera de creer en quienes se atreven al amor y se resguardan el niño que existe dentro del adulto tan unánime en que nos convertimos al crecer. Una manera de cuidarse de los pequeños mensajeros de la pequeña derrota. Y de los grandes también.

¿Y esto? —dijo el padre de Marta, sentándose a saborear un vino.

—Dejá ver... —respondió su novia, la madre de Javier—. Ni recordaba. Es una carta que papá me escribió cuando me dio la Hoguera Verde, un libro que él me escribiera hace mucho y que te conté que los niños han estado leyendo. Hace tanto... Seguro se salió del libro cuando los niños lo dejaron en el sillón para ir a comer. Eso me recuerda que debo subir a terminar de leerles la historia, antes de que se duerman.

—¿Y la carta?

—Si querés verla —indicó ella, adivinando la curiosidad, y subió al cuarto de los niños.

Querida hija:

¿Te acordás cuando una mañana de domingo fuimos a una función de títeres? Sí, donde actuaban aquellos titiriteros que eran un desastre. Golpe para esto, golpe para aquello. Y además hablaban que “cuadernito”, “chiquitito”, “guayabita”, “madrecitas”, que “un cuentito”... A la putita. Ni que los niños fueran “taraditos”, pensaba yo mientras vos te enojabas, con toda la razón.

“¿Querés que nos vayamos ya?”, te pregunté.

“Sí, papito”, me respondiste dándome un abrazo. “Vamos a su casa a jugar a las hormiguitas traviesas, ¿sí?”

“No puedo mi amor. Ya es hora de llevarte a casa de tu mamá.”

“Es que siempre nos quedamos juntos muy poquito”, me replicaste llorando, y a mí se me hizo un nudo de escarcha en la garganta.

“Princesa, insistí, otro día jugamos a las hormigas traviesas. ¿Sí?”

“No quiero.” Tus lágrimas caían como pájaros suicidas.

“¿Qué? ¿Nunca han visto a una niña llorar?” Les dije a los del autobús cuando subimos y de pura solidaridad me puse a llorar con vos. ¿Te acordás? “Cabrones, no me jodan. Y yo mismo era un nudo de escarcha en medio del autobús, y el autobús un nudo en la garganta del mundo.”

Cómo no recordar entonces, cuando íbamos al parque de niños a jugar con David, el hijo de la vendedora de copos, y con Francisco, el que presentaba como su abuelo a un viejo que, yo sabía, era en realidad su papá.

¿Recordás la vez que sólo andaba con el dinero para los pases de regreso y, de muy bruto, se me ocurre pasar justo frente a la heladería donde tenían aquellos muñecos mecánicos que con una ficha de a 20 te mecían y tocaban una cancioncilla?

“El miquimaus”, dijiste llena de alegría, “el caballo, el patotonal. Papito, papito, el patotonal. Está abierto. Vamos papito, vamos.”

Y me arrodillé ante vos y me saqué los bolsillos apenas con un cromó desaliñado que me habías regalado hacía unas semanas. No tenía plata ni para almorzar.

“No importa papito”, respondiste, mientras los otros niños daban gritos de alegría en el patotonal, el avión y el pinche miquimaus, “de por sí está cerrado”. Entonces lloré, como en el bus donde te llevaba de regreso de los títeres, a casa de tu madre.

“¿Qué pasa, papito?” me preguntaste entonces, casi como ahora.

“Nada mi’ja, es que debe estar lloviéndome por dentro”, aclaré y de la mano nos fuimos al parque, que además era gratis.

Sentados en el autobús pasaron los recuerdos como la escarcha de tu ausencia de humo, hija. Entonces te abracé. Y, como para arreglar algo de lo irreparable, propuse: “¿y si te cuento un cuento?”

Abracadabra. Dejaste de llorar y una sonrisa iluminó tu rostro, el autobús, el universo. Fue así como nació lo de Bubu y sus amigos, más tarde la Hoguera Verde. Luego, ya en mi casa me dije: “y si se lo conté, por qué no se lo escribo. Quizás podamos aprender algo de Bubu, Tormund, Anlipa y Zelea. Quizás todos somos un poco ellos, o ellos son un poco nosotros, yo que sé. Tampoco creo que tenga mucha importancia. Cada cual a lo suyo”.

Y La Hoguera Verde es una manera de estar presente en esa ausencia con vos, mientras fuiste niña. Mi manera, espero, de estar en tu niña, la de adentro, cuando estés grande. Una manera de creer en quienes se atreven al amor y se resguardan el niño que existe dentro del adulto tan unánime en que nos convertimos al crecer. Una manera de cuidarse de los pequeños mensajeros de la pequeña derrota. Y de los grandes también. Porque, mientras crecemos, ¿qué nos queda sino la vida?, hija, niña del acuario de mi pecho.

Porque, ¿verdad que nos daría un dolor muy muy grande, que andemos por ahí muriéndonos a pedazos? ¿Verdad que eso no te lo perdonarías ni me lo perdonarías jamás? Hija, ¿verdad que no?

El encuentro final

El universo era un punto verde que nacía y moría a cada instante. Viajaban a través de la Hoguera Verde... Después fue el sueño, el silencio. La noche engulló el Valle, la Hoguera Verde y a nuestros amigos.

Con permiso niños —dijo la madre de Javier al entrar al cuarto—. ¡No puede ser! Se durmieron. Pobres, y se quedaron sin leer el último capítulo... Gagon, el hombrecillo violeta, iba delante de Bubu y Tormund... Era simpática la tortuga verde... Avanzaron unos metros hasta que aquél... De verdad hace tiempo que no leía esta historia... ..les indicó el sitio donde esperaba Anlipa... Hasta me dan ganas de...

Gagon, el hombrecillo violeta, iba adelante de Bubu y Tormund. Avanzaron unos metros hasta que aquel les indicó el sitio donde esperaba Anlipa, frente a los hombres y mujeres río.

—Aquiallá les presentoson a los Fávix —indicó Gagon, señalando a la diestra de Bubu—. Al otro lado sonestán las Esplejorí —y con una lenta reverencia Gagon se despidió para irse a sentar en un pequeño montículo, quedando frente a los visitantes.

Los Fávix eran unas antorchas humanas que se autoincineraban con rapidez pasmosa, hasta convertirse en esculturas vivas de ceniza, donde volvían a brotar con apariencias distintas a la anterior. Era como si adentro de cada cual, otro siempre pujara por salir.

Las Esplejorí eran unas bellísimas mujeres hechas de espejos, de modo que, cuando realizaban cualquier acción, se podía apreciar hasta el más mínimo cambio entre un movimiento y otro. Era como si, con cada instante, los movimientos quedaran suspendidos en el aire.

—¡Ja! Mi nombre es Yorgos, y esto está brutal. ¡Bienvenidos amigos, amigos!

Un Fávix tendió su mano a Bubu, quien, por un instante, vio que ésta era la misma garra de estrellas que lo había guiado en su aventura. A Tormund y Anlipa los saludó a la manera de

los hombres y mujeres río, con el brazo derecho en ángulo recto a la altura del corazón y la mano abierta, como si estuviera ofreciéndolo.

—¡Ja! Así tiene que ser, amigo —bufó el Fávix—, para eso son los amigos, ¡para estar! ¡Ja! ¿Qué más? ¡Ja! ¿Qué menos? ¡Esto está brutal! Con tu permiso, o sin él, me marchó. ¡Adiós amigo, amigo!

Diciendo esto se apagó hasta quedar convertido en una viva escultura de ceniza. Brillaba como una flor de algodón negro. Instantes después, un ser rosado y suave brotaba, encendiéndose lentamente.

—¡Ja! Viste qué bien. ¡Ja! Esto está brutal. ¡Qué te parece! ¿Qué te parecimos? Somos como el espantapájaros que está lleno de nidos, no engañamos ni al más avestruz, eso creemos. Pero, cuidado, amigo, amigo. ¡Ja! Somos, y ya es bastante, ¡cuidado! sospechosos, lo peor, espeluznantes, contagiosos, somos, somos. ¡Ja!

Yorgos, el Fávix, se quedó mirando hacia el anaranjado cubo de cristal. Bubu y Tormund le sonrieron, Anlipa tenía el ceño fruncido, se veía preocupada.

—Amigo, amigo —intentó hablarle Bubu, pero el Fávix ya no oía. Ahora, iluminaba la noche, el día, las estrellas y el polvo de los caminos de su interior.

En ese momento, una Esplejorí se dirigió a Bubu.

—Soy Anelim, soy de Esplejorí, soy así. Sea mi amigo, sea su amigo. Suelte las riendas. No se pase la mitad de la vida siendo no lo que no quiere ser. No se pase la otra mitad tratando de recuperar lo que perdió. Soy Anelim, soy de Esplejorí, soy así. Soy su amiga, soy mi amiga. Si rompe las cadenas terminará tirando de sí mismo. Soy Anelim, soy de Esplejorí, soy así, el último pez pende de mi labio. ¡Qué solitarios somos, somos, todos juntos! Soy Anelim, soy de Esplejorí, soy así.

Bubu pudo observar cada detalle, desde el cambio de su expresión hasta el más ligero movimiento de sus músculos de espejo, cuando la Esplejorí se volvió hacia el sitio donde ya

comenzaba a aparecer la Hoguera Verde. Bubu buscaba qué responderle, pero de pronto el riachuelo verde se secó y el anaranjado cubo cristalino comenzó a resplandecer con tanta fuerza que terminó por derretirse sobre sí mismo, convirtiéndose en una charca verde.

Gagon dio dos palmadas. La charca comenzó a girar sobre sí misma. El guardián del Valle daba cabriolas, reía, y cantaba:

—¡Sean, esoestodo, todoeseso! ¡Sean, esoestodo, todoeseso! ¡Sean, esoestodo, todoeseso!

Pronto, su canto no fue más que un murmullo en medio de la noche.

La risa de Gagon cruzó la oscuridad como una cuchillada plateada, para luego anidarse en Gován, el violín de hojas, que comenzó a tocar. La música nació como un ligero suspiro, pronto entró en frenéticos acordes, hasta volver a los suaves ritmos iniciales. Todo se cubrió con un as violeta. Gagon repitió su melodía. La charca que formaba el riachuelo verde giró y se levantó sobre sí misma, contoneándose como una serpiente.

De un extremo brotó una chispa. Ahora era una vela cuya luz bajaba y subía al compás de la música de Gagon. La columna se retorció y formaba las más caprichosas formas. Un cubo verde brillante como una piedra milenaria, cambiada de tamaño hasta caber en la palma de la mano, o se hacía tan grande como un arbusto, dando paso a un brazo que danzaba sobre sí.

Un ojo, el de la vida y de la muerte, seguía al brazo, el cual se convertía en una boca anaranjada brillante de donde brotaba una lengua verde cristalizada. Después se transformaba en un pequeño valle que, por un instante, pareció ser el sitio donde se encontraban. El valle se convertía en río, el río en mar, el mar de nuevo en ojo. El ojo de todos y cada uno de los visitantes al encuentro con la Hoguera Verde. Este se transformó, al parpadear, en un corazón verde, la grieta por donde la muerte veía sin ser vista. Luego, fue célula, feto, planeta, nuestro verde planeta Tierra en medio de la placenta de la galaxia. Ahora, veían que el universo era un punto verde que nacía y moría a cada instante.

Por otra parte, y mientras Bubu, Tormund, Anlipa, y los demás visitantes viajaban, hechos gotas de silencio, a través de la Hoguera Verde, Zelea navegaba en el mar viscoso y gris en el que se había convertido al entrar en la Gruta del Tiempo. En su interior hervía un canto: “¿Qué hago dentro de mí? ¿Dentro de mí? ¿Qué hago?”

De pronto, un grito de rabia brotó desde lo profundo de Zelea, abriendo aquel mar viscoso como si fuera un huevo. Zelea se vio arrastrado por un río de fino carbón que brotó de aquella envoltura, hacia un pequeño valle. Al rozar el aire, Zelea produjo chispas que encendieron el río de carbón, convirtiéndolo en una serpiente de pólvora, por donde se deslizaba con facilidad.

Al llegar al valle, la corriente de carbón encendido se adelgazó hasta perderse en una grieta. Instintivamente Zelea la siguió despacio, sumido en sus pensamientos. De pronto, un hombrecillo violeta apareció frente a Zelea. El hijo del volcán dio un salto y se puso en guardia.

El hombrecillo violeta era Gagon, el guardián del Valle de la Hoguera Verde, que intentaba hablar mientras hacía una reverencia. Sin embargo, su voz no era más que un murmullo de arena: Gagon se esfumaba a cada instante.

Zelea se asustó aún más al oír el incomprensible chillido de Gagon:

—“Usteyó habrá de hacercreer —trataba de decir, inútilmente—. Su tiempo es distintonuestro. A usteyó le corresponde... para que todosnosotros la podamos vivirsentir. Usteyó es el buscoencuentro”.

Gagon estaba frenético, tiró su sombrero con rabia: pero este desapareció antes de tocar el suelo. Una mirada de angustia le cruzó la cara. Metió las dos manos entre su traje, a la altura del pecho y, como si se arrancara el corazón, dio un grito que no se escuchó:

—¡Tometenga! —creyó entender Zelea.

Gagon alargó sus cada vez más difusos brazos, abrió las manos y sopló: una piedrecilla verde flotó hacia Zelea. Gagon

terminó de deshacerse en el aire. Una suave sonrisa iluminó su cara. En un último esfuerzo, Gagon intentó hablar a Zelea, pero sus labios y ojos, el último vestigio del guardián, desaparecieron: —“¡Unaseasted! ¡Unaseasted!”

Al contacto con el calor de Zelea, la piedrecilla verde, comenzó a girar y crecer hasta convertirse en un charco de luz, que pronto formó un arco de piedra del tamaño de un árbol. Unas inscripciones de fuego aparecieron:

*Toda luna, todo año
todo día, todo viento
camina y pasa también.
También toda sangre llega
al lugar de su quietud.*

Zelea se estremeció. Al pasar por aquel arco no habría retorno. El hijo del volcán lo sabía pero algo mucho más fuerte que él lo impulsaba. Avanzó unos pasos y chocó con una pared transparente. Al tocarla adquirió un suave tono lapizlázuli. Una voz salió de ella:

*Todos los enlaces ocurren;
cada uno es el punto de partida de otras bifurcaciones.*

De inmediato, la pared se abrió, apenas para permitir el paso de Zelea. Una gris bóveda, formada por tres gajos de piedra, lo esperaba. El calor de Zelea hizo que en segundos los gajos se cristalizaran, convirtiéndose en enormes espejos.

En el primero, Zelea veía un enorme y transparente pez negro, que tenía en su interior a un pequeño pez blanco. El primero comenzó a girar sobre sí, haciendo que el segundo aumentara de tamaño, engulléndolo. Segundos después, el pez blanco era tragado por el pez negro. Por un momento, Zelea los sintió en la boca de su estómago. En ese instante, una voz metálica salió de ellos:

—¿Por qué se nos despierta? ¿Qué se desea de nosotros?

Zelea apretó los puños, el calor subió de intensidad.
—Que se escuche con atención, que solo una vez se dirá:
Este instante, mirando hacia atrás.
El siguiente mirando hacia adelante.
Suele creer el que de lejos viene,
el impalpable, quien nunca se detiene
y nunca viene.
Si el alma tienes adentro,
¿por qué ese vacío pleno
que atormenta?

Al callar, los peces se tragaron el uno al otro al mismo tiempo, desapareciendo y dejando el gajo de espejo como al principio: un trozo de piedra. Todo era silencio pegajoso. Zelea sintió una fría punzada en la boca del estómago. Vacilante, dirigió su mirada al segundo gajo cristalizado. Allí miró a Bubu poner a Anlipa en tierra y bailar con gran alegría.

—“Es Tormund —Zelea escuchaba decir a Bubu, momentos antes del encuentro con la Hoguera Verde—, es Tormund y está a salvo. ¡Oh Anlipa, qué alegría.”

En la visión del espejo, Anlipa se mostraba más ansiosa que feliz. Bubu se detuvo y miró directamente al ave. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Bubu, Zelea también lo sintió. Era como si Bubu se mirara a sí mismo en lo profundo de la pajaropájara del atardecer, como si ambos se aguardaran en lo profundo de Anlipa. Toda imagen desapareció, el espejo cedió a la piedra.

En el interior de Zelea volvían a sonar la palabras que Primal le dijera antes de entrar en la Gruta del Tiempo: “Debes enfrentar la única posibilidad real de encontrar tus propias respuestas, tú mismo. Pero, no podrás hacerlo hasta estar frente a frente con Anlipa.”

Zelea, asfixiándose, se tambaleó hacia el tercer espejo. En un principio se vio reflejado a sí mismo. De pronto aparecieron, intermitentes, las imágenes de Bubu, Tormund y Anlipa.

Un mismo mensaje se dirigió a Zelea. Todo giró con mayor rapidez.

De inmediato, la imagen de Bubu se apoderó del espejo y, mirando directamente a Zelea, dijo:

—*Uno está allí, dondequiera que uno esté será inhabitable, eso es.*

Luego, la imagen de Anlipa fue la que habló:

—*Y ahora aquí, qué ahora aquí, un inmenso segundo, y el espíritu lento, lento, casi inmóvil.*

En ese momento, la bóveda comenzó a girar. Zelea botaba espuma por la boca. La visión de Tormund apareció fugazmente:

—*Y la ausencia de los otros, ¿nada significa?*

De nuevo, la imagen de Bubu apareció, sentenciando:

—*Sólo puedo ser yo. Debo callarme también, y oír entonces los ruidos del mundo... Lo que cuenta es estar en el mundo... respirar, no se exige más... todo pasa...*

La bóveda giraba a punto de estallar. Las palabras se grababan en su interior de Zelea como astillas de fuego. La imagen de Tormund, brillante como un sol verde apareció en el espejo. Sus ojos eran cuchilladas filosas:

—*¿Dónde irías, si pudieras irte, qué serías, si pudieras ser, que dirías si tuvieras voz?*

Un sacudimiento aturdió a Zelea, todos sus músculos se tensaron. Anlipa sucedió a la tortuga, lo miró fijamente y le lanzó una sonrisa, como un flechazo, directo al corazón. Anlipa lo retaba.

La bóveda estalló en mil pedazos. Zelea saltó hacia la visión de Anlipa en el espejo de piedra.

Mientras esto sucedía, en el Valle de la Hoguera Verde, Bubu, Tormund, Anlipa, y los demás visitantes, asistían el encuentro con la Hoguera, como gotas de silencio. Cada uno, con

su finitud y su ser irrepetible, hacía posible la existencia de la Hoguera Verde. La multiplicidad era su unidad.

Gagon hizo señales para que todos bebieran de la charca verde en que se había convertido la Hoguera. En el interior de cada uno, un ojo, cargado de todos los sentidos y todas las conciencias, se abrió. Era el hilo vital que formaba los interminables eslabones de la vida y de la muerte. Desde la primitiva célula a las galaxias y más allá, al caos mismo. A lo innumerable.

Todos compartieron, por un instante, esa vivencia. Después fue el sueño, el silencio. Gagon iba desapareciendo conforme terminaba su música, convirtiéndose él mismo en su melodía. La noche engulló el Valle, la Hoguera Verde y sus visitantes.

A la mañana siguiente, un sabor a acantilado hizo que Bubu despertara. Era como si hormigas hambrientas le mordieran la garganta. Anlipa dio un salto, como si estuviera a punto de ser tragada por el mismo Bubu. Alrededor no había Valle, ni guardián, ni riachuelo verde, ni visitantes. Tormund también había desaparecido. Lo único que quedaba de la noche anterior, donde había estado la Hoguera, era un puñado de arena verde, que el viento dispersaba con rapidez. Bubu se dio cuenta de que estaban parados sobre un cristal verde, inmenso, el que por un instante creyó percibir en forma de tortuga.

De pronto, a pocos metros se comenzó a formar un remolino. Bubu intentó aproximarse a Anlipa pero, una ráfaga de viento del remolino, lanzó a la pajaropájara del atardecer contra el suelo cristalino. La herida volvió a abrirse. Un chorro tenue de cristales dorados, seguido por unos casi imperceptibles chispazos azules, brotaron de una de las alas. El remolino comenzó a desaparecer para dejar expuesta la silueta de un hombre de ébano reluciente.

—Es Zelea —dijo Anlipa.

Bubu quedó inmóvil. Zelea soltó una carcajada chillante, metálica, que encendió oleadas de colores. Una marejada de rojos cruzó el lugar haciendo temblar a Bubu. Después, el azul barrió las últimas gotas del rojo, precipitándose y estallando hasta

formar conos, que a su vez explotaron dejando entrever zarpa-
zos violetas y fucsias. Luego, el dorado comenzó a crecer desde
Zelea, como una ola de fuego. Avanzaba hacia Bubu y Anlipa.
Bubu cayó. Todo fue de nuevo un enorme cristal verde.

Zelea avanzó danzando, rodeado por un hálito verde, y
dejó escapar un rugido violeta. El suelo cristalizado se quebró.
Bubu, al caer, intentó agarrar a Anlipa con sus brazos. Cuando
el rugido cesó la caída se detuvo. De nuevo, apareció la figura de
Zelea y el sitio fue como el hielo. Zelea avanzó hacia ellos. Bubu
trató de levantarse, pero era inútil. El suelo no resistió a su peso,
parecía estar hecho de nubes de escarcha. Anlipa se interpuso
entre Bubu y Zelea.

Los ojos del hijo del volcán centellearon ráfagas esca-
lata que lo envolvieron hasta convertirlo en un huevo escarlata.
En cuestión de segundos, el huevo maduraba dejando salir al hijo
del volcán convertido ahora en un ave negra, idéntica a Anlipa,
la cual desplegaba sus alas en actitud desafiante. Su corazón era
verde esmeralda. Sus venas del rojo de la sangre. El ave de la no-
che, Zelea, lanzó un graznido. Anlipa contestó de inmediato.

—Bubu —alertó Anlipa, mientras desplegaba también
sus alas—. Nos queda una última lección y única oportunidad.
Está dentro de ti. Búscala ahora, no hay tiempo que perder.

—Pero Anlipa, no comprendo de qué me hablas. ¿Aden-
tro de mí?

—Lo sabrás, Bubu. Debo herirlo en el corazón y fundir-
nos. Es la única salida. Pero no puedo hacerlo sola.

Anlipa dio la espalda a Bubu, irguió su cuello, desafian-
do a Zelea, el hambriento pájaro de la noche, y se abalanzó sobre
éste. El ave negra dio un salto pero no pudo evitar que Anlipa
lo apresara. Sin embargo, al estar débil por la herida, Zelea la
arrastró dando cabriolas en el aire. Se despegaron y Anlipa cayó
contra el suelo cristalino. Zelea avanzó. Un borbollón de vida, de
rebeldía, una avalancha de amor brotó desde lo más profundo
de Bubu. Con una voz seca, a punto de ahogarse con su propia
saliva, grito:

—¡Tormund! ¡Tormund! ¡Tormund!

Zelea agitó las alas con furia y miró instintivamente hacia Bubu. Anlipa aprovechó ese instante para arrojarsele, clavándole su pico en pleno corazón. El ave negra, herida, comenzó a girar transformándose en un hombre-pájaro del color de la noche reluciente. Anlipa giró con Zelea, convirtiéndose en una mujer-pájaro del color de la lluvia: los pechos resplandecientes, como una fogata de esmeraldas, los pezones como zafiros. Zelea tomó entre sus brazos a Anlipa. La nube de cristal donde se hallaban comenzó a girar. Bubu, observó cómo le sonreían chispazos de colores. El sitio se quebró el mil pedazos y Bubu cayó.

Los niños dormían profundamente. La madre de Javier dejó de leer un instante y los besó. Recordó una canción:

—Es un milagro cada vez que nos aman...

Terminó de leer La Hoguera Verde, se levantó con sigilo y, antes de irse, supo que su padre era la noche que se acurrucaba entre Marta y Javier. Su corazón sonrió.

Bubu luchaba contra el mar que quería arrancarle las entrañas. Un acceso de tos terminó con las pocas fuerzas que le restaban. Un sudor frío se mezcló con las gotas de mar que saltaban en ramillete desde su bigote de cepillo. Tragó agua, los brazos se le pusieron rígidos y pesados, las piernas se le acalambraron. Se sentía una miserable piedra cayendo hasta el fondo del mar. El fin se acercaba. Un oscuro manto se dirigía hacia él, en aquellos instantes decisivos.

—¡Un tiburón, maldita suerte, un tiburón —exclamó Bubu en medio del hocico de espuma. Entre las olas y el fondo turquesa, un manto verde se abalanzaba contra él.

—¡Voy a morir! —gritó jadeando—, pero... ¡es una tortuga, sí, una enorme tortuga verde!

Y una sonrisa brotó de su corazón, iluminándole el rostro.

san José, 1986-1996.

ÍNDICE

Bubu y Tormund.....	7
Anlipa, la pajaropájara del atardecer.....	19
El anillo de fuego y la tribu de los hombres y mujeres río.....	29
Antártico y Prismal.....	49
Zelea, hijo del volcán.....	59
La Gruta del Tiempo.....	73
Moro, memoria del mar.....	81
Étego Primavera.....	89
A través del silencio.....	99
Gagon, guardián del Valle.....	109
La princesa del acuario.....	121
El encuentro final.....	127

EN ORDEN DE APARICIÓN:

Homero; Fernando Pessoa; Bubu; Tormund; Lewis Carroll; Marta; Javier; Anlipa; Charly García; Zenón de Elea; campesino entrevistado en el Diario Extra; Julio Cortázar; dibujos de Carolina Venegas; los tres últimos expresidentes de la república; los costarricenses; cualquier candidato a cualquier puesto político; José Feliciano; Roberto Gómez Bolaños; periódico La Nación; Tales de Mileto; Igor Stravinsky; la Antártida; Roberto Villalobos; Platón y La República; Luis Alberto Spinetta; Roberto Obregón; William Blake; Se alquila esta ventana, del autor; Heráclito de Efeso; León Gieco; los grabados de Altamira; el indio bribri Alí García; Ligia Granados; Tomás Moro; El Bhagavad Gita; Garuda: el ave portado del señor Krishna; Johann Wolfgang Von Goethe; Antonio Vivaldi; la planta del cacao; el autor ante sí mismo; P. J. Proudhon; T. S. Elliot; Cuentos de los Océanos Topográficos, del grupo Yes; Paul Gauguin; Vincent Van Gogh; La naranja mecánica, de Antony Burgues; Fénix; Milena Astorga; Un paraguas llamado Adrián, del autor; El libro de los libros del Chilam Balam; Jorge Luis Borges; Manuel Arce Arenales; Samuel Beckett; Luis Eduardo Aute; y Manrique Páez, por cuyo ojo y silencio se ha estremecido el corazón de la hoguera.

Las coincidencias con éstas y otras personas, textos, autores o personajes, se mantienen conforme fueron apareciendo en celebración de la magia que guarda el evento de la causalidad.

El último de estos mágicos acontecimientos es el siguiente poema de Manuel Arce Arenales:

¿Dónde está
 La Hoguera Verde?
¿En cuál fogata de prisioneros?
¿En cuál encuentro de guerreros
en cuál planicie urgida por el hielo?

¿Cuándo está
 La Hoguera Verde?
¿En cuál minuto de silencios?
¿En cuál palabra de caminos
en cuál fogón
 en cuál recuerdo?

¿Cómo está
 La Hoguera Verde?
¿Cuál apretón de manos
cuál lágrima
 cuál grito?

En el espacio del corazón
 en su tiempo
la espuma del mar
 que se disuelve

Impreso en los talleres de
Impresora Los Sauces
San José, Costa Rica
en el mes de julio de 1998.
Su edición consta de 300 ejemplares
numerados y firmados por el autor.

Jorge Arturo (Costa Rica, 1961).

Ha publicado en poesía: *Se alquila esta ventana* (1988), *Un paraguas llamado Adrián* (1989), *El blues del aprendiz* (1992), *Perrumbre* (1994). También co-fundó, integró y dirigió el colectivo y revista *Kasandra* (1989-1990).



En Editores Alambique participamos de la poesía como propiciadores de esa mínima, pero suficiente cuota del sueño que afirma en el mundo la alegría de vivir. Para nosotros, al decir de los antiguos Nahuas, *el verdadero artista todo lo saca de su corazón*. El arte no establece ni afinca, no esclaviza ni deja en libertad, pues nadie nace esclavo en su mente, ni a nadie puede esclavizarse sin consentimiento de su corazón: Late no en lo obtenido sino en el silencio, en la distancia, en la pregunta.